

AQUÍ SE QUISIERON **CARLA Y NICO**



A. M. Irún

Aquí se quisieron Carla y Nico

A. M. Irún

A. M. Irún (Zaragoza,1983) se ha propuesto acabar con las historias lésbicas con final trágico. Lo consiguió con su primera novela, Nico, por favor (septiembre, 2015), con la que cosechó un gran éxito de crítica y público, y continuó con El sentido de la vida de Carla Pi (abril, 2016). Ahora trae la tercera entrega de las aventuras de esta pareja con Aquí se quisieron Carla y Nico.

A. M. Irún © 2016

ISBN-13: 978-1534977778

ISBN-10: 1534977775

A ti,

por haber comprado este libro

y apoyar así la diversidad en la literatura.

Índice

[El plan](#)

[Viernes](#)

[Sábado](#)

[Domingo](#)

[Lunes](#)

[Contacto](#)

El plan

—Porfi, porfi, porfi... —rogaba Tere con insistencia.

Carla suspiraba mientras daba saltitos de impaciencia sentada en la silla.

—Ay, Tere, es que no sé.

—El plan es perfecto. Un finde en la playa, buena compañía, tres noches durmiendo con tu churri... ¿Qué más se puede pedir?

—Pues que no tenga que hacerme pasar por la novia de nadie, por ejemplo.

—A ver, que no te estoy pidiendo que te acuestes con Marcos, sólo que le ayudes un poco. Creo que el intercambio es más que justo.

Tere y Carla estaban tomándose algo en una cafetería de Malasaña. Todas las mesas y sillas eran diferentes unas a otras, y parecían sacadas de la casa de las abuelas de los dueños del bar. Si hubieran puesto unos tapetes de ganchillo en las mesas no habrían desentonado en absoluto.

Las chicas habían quedado ahí porque Tere tenía una propuesta para Carla.

—Es que me parece muy raro. No sé si quiero participar en eso
—se justificó Carla.

—No es nada raro. Es muy sencillo. Marcos quiere pasar el puente de agosto con su novio Fer, pero no puede decirle a sus

padres que se va por ahí con un chico porque ya están con la mosca detrás de la oreja y no son nada abiertos. Además, en Gandía está medio Madrid. No sería raro que coincidieran con algún conocido. Por eso, nos pidió a Rai y a mí que les acompañáramos. Pero Marcos seguía pensando que irnos de vacaciones tres chicos y una chica chirriaba también...

—Y es ahí donde entramos nosotras —concluyó Carla.

—Exacto. La familia de Fer tiene un apartamento en Gandía. Nos invita a todos con tal de estar con su novio.

—Muy generoso por su parte.

—Quiere mucho a Marcos —apuntó Tere.

Carla se reclinó sobre la silla de enea y el mimbre crujió bajo sus posaderas.

—¿Y por qué ir más allá haciéndonos pasar por sus novias? Que le diga a sus padres que vamos un puñado de gente y ya está, ¿no?

Tere aspiró con los labios formando una u.

—Ya... —Tere se inclinó sobre la mesa y posó sus generosos pechos en ella—. Por las fotos —dijo por fin como si estuviera revelando un secreto de la CIA.

—¿Qué fotos?

—Las que os tendréis que hacer para subirlas a las redes sociales.

A Carla se le cayó la cabeza y miró a su amiga por debajo de las cejas.

—¿Perdona?

—Porfi, porfi, porfi —dijo Tere con las manos unidas por las palmas. Al llevarse las manos a los labios, los brazos se cerraron sobre el pecho empujándolo hacia arriba y distrayendo a Carla.

—Fotos... ¿para qué? —preguntó Carla haciendo verdaderos esfuerzos para no fijarse en las tetas de su amiga.

—Sólo un par. Ya sabes cómo va esto del postureo. Ya hay muchos compañeros del equipo de rugby de Marcos y Rai que preguntan dónde van, con quién... ¿Sabes? Pues nos hacemos unas fotos de grupo y que la gente de por hecho que sois sus novias. Ya está. No os pedimos nada más.

Carla se rascó la frente.

—No sé, Tere...

—Salís ganando. Apartamento gratis. Y tres noches de amor.

Los ojos de Carla se perdieron bajo su ceño fruncido.

—Nico trabaja, no sé si podrá ir.

—La iremos a buscar a la salida del curro y nos iremos desde allí a Gandía.

—Igual no quiere participar en este teatrillo.

—Por lo poco que conozco a Nico, hará lo que sea con tal de pasar más tiempo contigo.

—A ver, yo la conozco mejor, ¿no? —saltó Carla ofendida.

La espalda de Tere se tensó.

—Perdona, no quería insinuar eso. Sólo que seguro que estará deseando pasar alguna noche contigo.

—Eso es lo que más me preocupa —Cuando Carla se dio cuenta de que había dicho aquello en voz alta quiso que se le tragara la tierra.

Tere se irguió de sopetón.

—¿Va todo bien entre vosotras?

Carla suspiró con pesadez.

—No tenía ni idea de que estuvierais mal, Carla —dijo Tere alargando la mano para coger la de su amiga—. Se os ve tan enamoradas...

—No, no es eso.

Tere respiró aliviada.

—¿Qué ocurre entonces?

Carla evitó la mirada de su amiga.

—Carla... Puedes contar conmigo.

Tere acariciaba la mano de Carla con delicadeza. Carla se quedó ensimismaba en el tacto de los dedos de su amiga sobre su piel.

—No nos hemos acostado todavía —dijo Carla.

Su amiga asintió.

—No es gran cosa. ¿Cuánto lleváis? ¿Dos meses?

—Sí, un poco menos.

—Es normal, Carla. No pienses nada raro. Le gustas. Mucho. Se ve a la legua. Pero es difícil encontrar el momento y, sobretodo, el lugar —dijo. Seguido, levantó la mano y dio una palmada—. Por eso este trato os viene de perlas. Así podréis hacer el amor tranquilas.

—¡Pero es que yo no quiero! —confesó Carla por fin.

Tere ladeó la cabeza enfocando con la oreja hacia la boca de su amiga para que le llegara algún eco que le corroborara lo que acababa de oír.

—¿Por qué? —preguntó incrédula.

Carla enmudeció. Agarró su taza de café y le dio un par de vueltas.

—¿Pero tú has visto a Nico? —insistió Tere—. Está guapísima, es un cielo, y le gustas un montón.

—Pero yo no —dijo Carla en un susurro.

—¿Tú no qué?

Carla miró de frente a su amiga.

—Yo no me gusto.

—¿Y ahora eso por qué? —quiso saber Tere—. Precisamente ahora que tienes pelo, que tienes color en las mejillas, que tienes músculo en las piernas...

—¡Que ya! —le frenó Carla.

—Que ya nada. A mí no me vengas con complejos. Lo que hubiera dado yo por tener tu cuerpo.

—¿Cicatriz incluida? —le dijo Carla con mirada desafiante.

Tere frenó en seco y se agarró a la mesa.

—Es por eso.

—Sí, es por eso.

Las dos quedaron en silencio unos momentos.

—Es sólo una cicatriz, Carla. No le des más importancia de la que tiene.

—Es enorme. Además, no le puede dar el sol. Otro motivo más para no ir a la playa.

—Puedes ponerte un bañador. Creo que se ponen de moda otra vez.

—Con lo palo que soy tengo que estar preciosa en bañador — dijo Carla con ironía.

Tere levantó el culo de su silla y la acercó hasta Carla. Le agarró la cabeza y la apoyó en su pecho.

—Vendréis. No hay excusas.

Las dos sabían que el argumento de la cabeza de Carla en los pechos de Tere era irrefutable.

La cama de Carla estaba llena de ropa desordenada que iba lanzando desde el interior del armario. Eligió una camiseta, la desplegó y la puso delante de sus narices.

—¡Qué horror! —dijo, y la lanzó a la montaña de camisas y camisetas que había sobre su cama.

Volvió a meter la cabeza en el armario en busca de algo que ponerse. Tan enfrascada estaba en la tarea que no escuchó el timbre de la puerta.

Unos segundos después, su madre entró en su habitación y Carla se sobresaltó al oír su nombre. Del susto golpeó con la cabeza en el estante superior del armario.

—Joder, mamá, ¡qué susto!

—Lo siento, cariño, pero es que Nico ya está aquí.

Carla miró incrédula su reloj de muñeca.

—¿Ya?

Su madre permanecía bajo el umbral de la puerta esperando indicaciones.

—¿Puedes entretenerla un rato?

—Claro, cariño —dijo, y cerró la puerta tras de sí.

Carla se puso frente a la cama con los brazos en jarra. Necesitaba tomar una decisión ya. Miró de soslayo el espejo de pie que había en una de las paredes. Se giró para ver su cuerpo reflejado en él. Nada de grasa, pocas tetas y una enorme cicatriz en el

estómago. Hizo un gesto de desagrado y se la tapó con las manos.

Finalmente, cogió una camiseta al azar del montón que había en su cama y se la puso.

En el salón, su madre y Nico permanecían en silencio sin saber qué decir. Nico oteaba los objetos que decoraban los muebles de la casa de su novia. Fotos de sus hermanos, a los que todavía no conocía, pequeñas figuritas de porcelana que en un momento fueron recuerdos de comuniones y bautizos y que ahora sólo son un estorbo para limpiar el polvo, un par de jarrones con flores artificiales y unos pocos libros.

—¿Quieres beber algo? —preguntó Lourdes algo nerviosa.

—Un poco de agua, por favor —pidió Nico.

No es que le apeteciera especialmente, pero de esa manera, la madre de Carla podría irse a la cocina y se relajaría la tensión de estar las dos en la misma habitación sin nada que decirse.

Poco rato después, Lourdes salió con un vaso de agua en la mano.

—Le he puesto un par de cubitos de hielo. Hace mucho calor, ¿verdad? —le dijo a Nico acercándole el vaso.

Nico lo cogió y asintió. Luego comenzó a beber despacio pero sin pausa hasta que vio el fondo del vaso empañado por su propia respiración.

—Sí que tenías sed —dijo Lourdes.

Nico se sonrojó, pero en ese momento Carla acudió a su rescate.

—Perdona, Nico, es que no sabía qué ponerme —dijo al entrar al salón.

Nico se puso de pie con una sonrisa de oreja a oreja.

—Estás muy guapa.

Las dos se quedaron paradas, mirándose a los ojos. Sabían lo que querían hacer, pero no estaban seguras de poder hacerlo delante de Lourdes.

La madre de Carla entendió lo que ocurría y se disculpó.

—Voy a la cocina a prepararme algo de cenar.

Carla le siguió con la mirada hasta que la figura de su madre desapareció. Entonces, se acercó a Nico y le dio un prolongado beso en los labios.

Luego le ofreció su mano para que Nico la agarrara.

—Vámonos antes de que mi madre se entere de que he dejado la habitación hecha unos zorros.

Habían quedado para cenar y optaron por un bar de tapas. Carla tenía que decirle a su novia el plan que Rai y Marcos habían pensado, y no sabía cómo abordarlo.

—¿Llevas chicles? Ese pincho de chistorra tiene mi nombre —dijo Nico.

Carla rió y se palpó el bolso.

—Sí, llevo. Pero ya podrías traer tú alguna vez, eh.

Nico se hizo la ofendida y luego le dio un beso en la nariz.

Las dos chicas cogieron sus tapas y bebidas y se sentaron en una mesa.

—Tere me ha propuesto algo —comenzó a decir Carla.

A Nico le pilló dándole un bocado a un pincho de morcilla con cebolla caramelizada. Abrió los ojos y asintió con la cabeza para indicarle a su novia que siguiera hablando.

Carla se acomodó en la silla y recolocó su vaso con cierto nerviosismo.

—Verás... Hay un compañero del equipo de su novio que es gay, pero ni su familia ni los del rugby lo saben. Es más, tiene novio.

—Vamos, que está en el armario —dijo Nico después de pasarse una servilleta de papel por la boca.

—Sí. La familia de su novio tiene un apartamento de tres habitaciones en Gandía y quiere ir con Marcos. Marcos es como se llama el amigo de Rai. Lo que pasa es que no puede o no quiere decirle a sus padres que se va a Gandía con un amigo, porque por lo visto sus padres ya sospechan algo y no son muy tolerantes que digamos.

—Pobre chaval —dijo Nico que se disponía a atacar una tapa de lomo con camembert y manzana.

—Ya... —asintió Carla con tristeza.

Las dos quedaron en silencio mientras comían. Carla miraba con envidia a Nico y su capacidad para comer de todo. Si ella comía la mitad de lo que Nico se había llevado de la barra, ahora le

ardería el estómago como si fueran las puertas del mismísimo infierno. Ella había optado por pinchos a base de verduras a la plancha o naturales. Se tomó la licencia de elegir al menos uno de ensaladilla rusa al saber que la mahonesa de los bares era inofensiva.

—¿Y nosotras qué pintamos en todo eso? —preguntó Nico que ya se había acabado sus pinchos.

Carla dio un trago largo a su agua.

—Marcos necesita decirle a sus padres que va con un par de amigas. Y como Marcos es de los que lo comparten casi todo en las redes sociales, necesita que posemos como si fuéramos sus parejas —Carla se rascaba la nariz con insistencia—. Pero si no quieres no vamos, eh. Yo se lo digo a Tere y sin problemas —concluyó Carla poniéndole fácil a Nico una negativa.

Nico dio el último sorbo a su botellín de cerveza mientras miraba fijamente a Carla, que ahora tamborileaba los dedos sobre la mesa.

—No, está bien, iremos —dijo.

—¿Estás segura? No conoces a casi nadie... —le preguntó su novia.

—Bueno, no soy una persona tímida, ya lo sabes. ¿Cuándo sería?

—Para el puente de agosto. Entendería que no pudiéramos ir por tu curro y eso —Carla volvió a lanzarle otro gancho para que Nico pudiera colgar su negativa.

—Por eso no hay problemas. Mi jefe es majo, le puedo pedir salir un poco antes.

A Carla le estaban subiendo los calores, pero no sabía si era porque la mahonesa no era tan inofensiva o por lo que se le venía encima.

—Un apartamento en Gandía en temporada alta, gente joven y un par de noches con mi novia —dijo Nico guiñando un ojo—. ¿Qué más se puede pedir?

Carla se abrió el cuello de la camiseta y se lo agitó para abanicarse un poco.

Viernes

Tere conducía el viejo Citroën de su padre, mientras Rai iba de copiloto y Carla estaba en uno de los asientos de atrás.

—He traído musicote para todo el viaje —dijo Rai dirigiéndose a Carla.

—A ella se la sopla porque al final iré en el coche con Marcos y Fer.

Rai se giró hacia su novia y le miró confundido.

—Hemos pensado que así era mejor porque ellos no se conocen y así van cogiendo confianza —aclaró Tere que aprovechó el semáforo en rojo para girarse hacia Carla—. Son muy majos, ya lo verás.

El semáforo se puso en verde y el coche de atrás tocó el claxon para apremiar a Tere.

—¡Qué ya voy, ansias! —dijo provocando la risa de Rai que se asomó por la ventanilla del coche y le enseñó el dedo corazón al conductor que les había pitado.

—Si no llegan a ser tus amigos los que van en el coche de atrás para rato lo haces —le dijo Tere.

Rai siguió riendo.

Carla sonrió a su amiga a través del retrovisor. Se acariciaba el brazo con nerviosismo. No eran los amigos de Rai los que le preocupaban.

—Es por aquí, a la derecha —le indicó Rai que miraba las indicaciones en su móvil.

Tere se metió con el coche en la calle que le había indicado su novio. Carla la conocía bien. Había ido a recoger a Nico alguna vez al trabajo. Estaba cerca del parque Juan Carlos I. Al salir, iban allí con una toalla y algo para merendar y se refrescaban en la zona de los chorros de agua. En Madrid no había playa ni falta que hacía. Carla pensó que tampoco hacía ninguna falta todo aquel paripé. A cada metro que avanzaba el coche se arrepentía más y más de haber accedido a hacer aquel viaje. Pero ahora ya era tarde para echarse atrás.

—Ahí está Nico —señaló Rai.

Los dos coches estacionaron en segunda fila. Carla fue la más rápida de todos y bajó del suyo para acercarse a Nico.

—Si no quieres, no vamos, eh —le dijo a su novia cuando llegó a su altura.

—Yo también tenía muchas ganas de verte. ¿Me das un beso? —respondió Nico.

Carla le dio un beso fugaz en los labios y cogió la mochila de Nico.

—Iremos en el coche de los amigos de Rai, ¿vale?

Nico se encogió de hombros y sonrió a su novia. Le iba a pedir que se relajara, pero no le dio tiempo. Carla ya estaba abriendo la puerta del maletero del coche de los chicos.

—Hola, Nico, ¿qué tal? —saludó Tere sin bajarse del coche.

Nico fue hasta el Citroën y se apoyó en la ventanilla.

—Hola, pareja.

—Al final te han dejado salir antes —apuntó Rai.

—Sí, aunque me parece que el atasco nos lo vamos a comer igual.

Rai se desabrochó el cinturón y salió del coche.

—Ven, que te presento a Marcos y Fer —le dijo.

Los amigos de Rai habían salido del coche para ayudar a Carla que no quería ser descortés diciéndoles que no necesitaba ayudar para meter una mochila en el maletero.

—Mira, este es Marcos, compañero de equipo y este es su novio Fer.

Nico se acercó a los dos chicos y les dio un par de besos a cada uno.

—Muchas gracias por invitarnos a Carla y a mí.

Carla se puso a su lado y ambas examinaron a los chicos más detenidamente. Marcos era un calco de Rai: jugador de rugby, muy musculado, con el pelo más claro que el novio de Tere pero igualmente despeinado, y con una barbita bien cuidada. Fer también tenía un cuerpo musculado, pero no tanto como el de Marcos o Rai, y más por el efecto del gimnasio que de practicar un deporte tan rudo como el rugby. Era moreno y también llevaba una barba recortada que le disimulaba su barbilla un poco saliente. Los dos iban en camiseta de tirantes y pantalón vaquero corto.

—Bueno, es por puro interés —bromeó Fer—. Ya te habré contado Carla, ¿no?

—Sí, sí. Sin problema mientras las cosas estén claras por ambas partes.

Los chicos sonrieron bajo sus barbas.

—¿Vamos? —dijo Rai que todavía seguía ahí.

—Vamos —respondió Marcos.

Tal y como esperaban, sus ansias se vieron frenadas por un importante atasco a la salida de Madrid. El calor era sofocante dentro y fuera del coche. Si bajaban las ventanillas, entraba el ardor y el olor del asfalto, la goma quemada y el humo de los tubos de escape. Y si las mantenían subidas, se sentían ahogados. Fer no podía poner el aire acondicionado porque el motor no lo resistía a tan bajas revoluciones y se le calaba cada dos por tres.

Carla miraba la bruma tenue que enturbiaba el ambiente procedente del calor de los motores y apenas hablaba. Nico, por su parte, y pese al calor, estaba bastante más cómoda que Carla en aquel Ibiza rojo. Reía y hablaba por los codos, y los chicos le respondían y le reían las gracias.

—Entonces, ¿cómo os conocisteis? —preguntó a los chicos.

Marcos se giró para verlas mejor.

—En un gimnasio —respondió Marcos.

—En Chueca —respondió a la vez Fer.

Nico miró a Carla ante la confusión y su novia mostró lo más parecido a una sonrisa en aquella tarde.

—A ver —matizó Marcos—, fue en un gimnasio en Chueca.

—Pero tenía entendido que tú no estabas fuera del armario, Marcos —dijo Carla.

—Eso, eso, ¿cómo lo explicas? —metió cizaña su novio sin apartar la mirada de la carretera.

Marcos regañó a Fer con la mirada. Carla aprovechó ese momento en que Marcos no miraba para buscar la complicidad de Nico que levantó las cejas sin comprender.

—Mi gimnasio habitual estaba en obras y el que más cerca me pillaba era uno de Chueca. Allí conocí a Fer.

El aludido carraspeó.

—¿Qué? —preguntó molesto Marcos.

—Que cuentes el resto, ¿no?

—¿Qué más quieres que cuente?

Fer ladeó un poco la cabeza, logró meter tercera en aquel atasco infernal y volvió a detener el coche para no chocar con el de enfrente.

—Su gimnasio volvió a abrir —continuó contando Fer—, pero Marcos seguía viniendo al mío.

—Es que había pagado todo el mes —se justificó el chico.

—Ya, ya... —dijo Fer con sorna.

Marcos le golpeó el hombro y volvió a mirar a la carretera.

—¿Y fue amor a primera vista o...? —preguntó Nico.

—Sí —respondieron los dos a la vez.

—En el momento en que me miró por primera vez —dijo Marcos— ya sabía que estaba perdido. Ya sabía que no podría evitar enamorarme de un chico como lo había hecho hasta ahora y sabía de sobras que los problemas llegarían en tromba. Pero también intuía que iba a merecer la pena.

Nico sonrió con dulzura y luego miró a su novia, que le respondió con la misma mirada.

En la radio, las noticias informaban sobre el monumental atasco en la salida de Madrid dirección Valencia por la A3.

—¡No fastidies! —le dijo Fer a la radio.

Marcos rebuscó entre los cuatro o cinco CDs que tenía Fer en su coche para poner algo de música.

—¿Os gusta Love of Lesbian, chicas?

Nico y Carla se miraron sonrojadas, pero no pudieron evitar reírse.

—Dale.

En el otro coche, el musicote de Rai sonaba a todo trapo.

—Soy incapaz de escuchar mis propios pensamientos —dijo Tere.

Pero Rai no le oyó.

El tráfico comenzaba a notarse más fluido y Fer pudo meter cuarta en algunos tramos.

—Veo la luz al final del túnel.

—Oye, muy bonita vuestra historia, eh, chicas. Un poco inverosímil, pero así es el amor, ¿no? —dijo Marcos.

—Ya, cuando lo cuentas parece irreal, como demasiadas casualidades —dijo Carla.

—Sí, pero al vivirlo lo sentimos de la manera más natural, todo encajaba —añadió Nico—. Es como me ha dicho Carla alguna vez: pura física. Hay elementos que se atraen irremediabilmente en el Universo y tienen que estar juntos. ¿Verdad, Carla?

—Bueno, sí, no es exactamente científico, pero más o menos.

Nico se encogió de hombros y saltó en el asiento para volver a preguntar a su nuevo amigo. A Carla le divertía ver a Nico así de alegre, curiosa y preguntona.

—Oye, Marcos, ¿cómo sentiste lo tuyo? —preguntó Nico.

—¿Lo mío? —preguntó Marcos que casi al instante siguiente entendió a qué se estaba refiriendo Nico.

—Sí, lo de que eres...

—Ya —le interrumpió Marcos. Cogió un poco de aire y ladeó el cuerpo para hablarle cara a cara—. No lo sentí tan natural como vosotras, la verdad.

—Ni siquiera hoy —apuntó Fer.

—Vale, Fer, ya lo cuento yo —respondió Marcos un tanto molesto—. Jugador de rugby, familia muy religiosa, novia de toda la vida...

—Joder... —soltó Carla.

—Así es. En realidad, cualquier cosa que hubiera hecho que se saliera de aquello iba a sentar mal. Así que lo hice a lo grande.

Aunque Marcos tratara de ser irónico y despreocupado, las chicas entendieron que no estaba siendo un camino de rosas para él.

—Y bueno, mi primera vez con Fer fue bastante dolorosa.

—No hace falta que entres en detalles— le echó un cable Nico.

—¿Qué? —dijo Marcos que rompió a reír cuando cayó en el malentendido—. No, no me refería a eso. Fer fue muy delicado —dijo mientras acariciaba el brazo de su novio—. Me refería a que me sentía sucio, un pecador, casi como un actor porno... Y no me gustaba esa imagen de mí. Fue muy jodido. Está siendo muy jodido. Vivo mi vida a medias, me cuesta disfrutar del sexo sin tabúes y sigo con miedo a que mis padres me descubran. Se morirán.

—Por eso este viaje, claro —dijo Nico.

—Sí, pero es lo que yo le digo: no vamos a estar toda la vida haciendo este tipo de pantomimas —dijo Fer.

—Bueno, Fer, creo que te va a tocar ser paciente —dijo Carla. Miró de reojo a su novia.

—Ya lo sé, ya.

Nico pilló la indirecta y alargó la mano hasta la de Carla. Carla la cogió y la acarició sin dejar de mirar por la ventanilla.

Tere bajó el volumen de la radio del coche.

—¿Qué crees que estarán hablando?

Pero Rai ya estaba dormido.

De Love of Lesbian habían pasado a Amaral y de ahí a la banda sonora de Frozen.

—Let it go, let it gooooo... —cantaban los cuatro al unísono.

—Vale, vale —paró Nico—, que tengo una pregunta.

—Dispara —dijo Fer.

Nico se puso serio. Unió las yemas de los dedos de sus manos y se las puso en la cara.

—Esta duda me corroe siempre.

—¡Qué miedo me das, amor! —dijo Carla.

—Cuando le coméis el culo a un tío, ¿es sexo oral o anal?

Los seis entraron al apartamento de la familia de Fer cansados y sudorosos. Olía a cerrado y estaba oscuro.

—Como si estuvierais en vuestra casa —dijo Fer.

Luego fue al salón y subió un par de persianas. La luz del sol iluminó la casa. Entonces los invitados se dieron cuenta de que estaban en la entrada, que era pequeña pero funcional, con un perchero, un espejo colgado en la pared y una pequeña consola con un cuenco para dejar las llaves.

—Aquí está el lavabo —siguió Fer señalando la primera puerta a la derecha de los chicos.

—Está bien tenerlo nada más entrar porque cuando vienes de la playa lo primero que quieres es quitarte la arena —apuntó Nico.

—Sí. Hay otro baño en la zona de las habitaciones —dijo Fer señalando un pasillo—. Pasad al salón. Como veis hay mucho espacio —dijo Fer. Los chicos ladearon un poco la cabeza haciendo cálculos mentales para saber cómo iban a encajar seis personas en un sofá de tres plazas—. Bueno, ya nos apañaremos.

Fer siguió con la visita. El salón se unía a la cocina por un ventanal abierto. Luego se metió por un pasillo y fue abriendo una a una las puertas de las tres habitaciones y el baño.

—Son más o menos del mismo tamaño, pero la de en medio son dos camas en lugar de una grande.

—¡No importa! Nos la quedamos nosotras —dijo Carla, que acto seguido, entró en la habitación.

Nico le interrogó con la mirada, pero su novia le ignoró y posó su mochila sobre la cama. Nico entró tras ella y dejó la suya en la

otra cama. Respiró profundamente para calmarse, se giró y rodeó a Carla por la espalda.

—Hueles muy bien.

Carla se zafó de ella.

—¡Qué va! Me canta el alerón. Han sido muchas horas de viaje. ¿No estás cansada?

—No —respondió Nico.

Carla ignoró de nuevo a su novia. Sacó una toalla de su mochila y una muda limpia.

—Voy a hacerme con la ducha antes de que se me adelanten — dijo, y le dio un beso en los labios a Nico que se quedó congelada con una ceja levantada.

Cuando Carla entró en la habitación comprobó que Nico había juntado las dos camas.

—Así podemos dormir juntitas.

Carla sonrió con dulzura por el detalle, pero luego el pánico se apoderó de su cara.

—Pero se abrirá y nos caeremos al suelo.

Nico se frotó la barbilla con el ceño fruncido mientras miraba la cama. Luego levantó una ceja.

—Podemos poner los colchones al cruzado, así, este cabecero — dijo tocando los pies de la cama— hará de tope y no se abrirá.

Carla asintió. Se pusieron a cada lado de la cama. Nico levantó con ímpetu uno de los colchones, que volcó y fue dar al estómago de Carla.

—¡Ay!

—Lo siento.

—Ten más cuidado —dijo Carla molesta.

—Ya, perdona.

Carla se levantó ligeramente la camiseta y Nico pudo ver su cicatriz unos segundos. Era más grande de lo que se había imaginado y podían adivinarse los puntos por donde penetró la aguja y el hilo. Carla levantó la vista y comprobó que su novia se había fijado en la cicatriz. Bajo rápidamente la camiseta.

—Venga, coge este —dijo Carla levantando el colchón de su lado.

El trajín que se llevaban atrajo al resto de habitantes de la casa que se asomaron por la puerta de la habitación.

—Sí que empezáis pronto con el tema cama —dijo con sorna Rai.

Carla le sonrió con desgana. Nico se fijó en esa sonrisa. Algo no iba bien del todo, pero no conocía tanto a Carla como para averiguar de qué se trataba.

Las chicas acabaron de hacer la cama y se unieron al hormigueo de personas entrando y saliendo del baño a las habitaciones.

—¿Hay algún baño libre? Me gustaría ducharme antes de salir — preguntó Nico.

Carla estaba sentada con Rai en el sofá del salón. Se peinaba el pelo con las manos casi compulsivamente porque se había olvidado de traer la plancha y con la humedad se le estaba erizando.

—¿Qué, Carla, con ganas de tomar el sol? —le preguntó el chico dándole una palmada en la rodilla.

—No mucho, la verdad.

—¡Pero bueno! Si tienes que estar estupenda en bikini.

Carla se ruborizó ante el comentario.

—A ver, patán, hazme un hueco y deja de cagarla —dijo Tere que exigía un sitio en el sofá para su culo—. Carla no se pondrá bikini porque no puede darle el sol en la cicatriz de la tripa.

La aludida asentía entre medio de los dos, un poco aplastada por los grandes cuerpos de la pareja.

—Seguro que con el bañador estás igual de espectacular, Carla —dijo Rai.

Fer y Marcos entraron en el salón, lo que dio pie a Rai para recordarles a todos porqué estaban ahí.

—Pero recuerda que esta noche eres la chica de Marcos.

Tere volvió a censurarle con la mirada y Rai mostró las palmas de las manos.

—Sólo para las fotos, claro.

En ese instante, Nico salió del baño y se unió a ellos. Tenía el pelo húmedo y ondulado. Se había puesto unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes blanca algo vaporosa. A Carla le dio un vuelco al corazón sólo con verla tan natural y sonriente, como el primer día que quedaron. Iba a decir algo cuando Marcos se le adelantó.

—Estás muy guapa, Nico —dijo, y se acercó a ella para agarrarle de la cintura—. ¿Qué tal pareja hacemos?

Carla miró a Nico, que se encogía de hombros. Tere se fijó en Carla, mirando a Nico con gesto avinagrado. Rai miró a Tere que miraba cómo Carla miraba a Nico. Comprendió lo que ocurría y pensó que la escena podía repetirse con sus amigos. Se fijó en Fer que miraba a todos los sitios menos a su novio. Luego se fijó en Marcos y comprobó que su sonrisa empezaba a desvanecerse.

—Preciosa —respondió Fer con sequedad—. ¿Nos vamos? Tengo hambre.

Salieron al pasillo y llamaron al ascensor.

—Sólo hay sitio para cuatro —dijo Tere metiéndose rápidamente en el interior—. Bueno, tres.

Carla y Nico entraron tras ella, y finalmente Marcos se coló mientras sacaba la lengua a los otros dos chicos.

—Parece mentira que seas un deportista —dijo Rai—. Nosotros bajaremos por las escaleras.

Tere le dijo adiós con la mano y las puertas del ascensor se cerraron. Rai agarró a Fer por el brazo.

—¿Estás bien con todo esto? —le preguntó.

Fer se encogió de hombros.

—Yo sólo quería pasar unos días con Marcos. Me da igual con quién se haga las fotos, luego dormiré conmigo. Eso es lo que a mí me importa.

Rai le dio una palmada en el hombro.

—Claro, esto será una cenita y luego cada mochuelo a su olivo.

En el ascensor Tere y Marcos se miraban con complicidad y reían con disimulo mientras Nico y Carla discutían sobre quién estaba más guapa aquella noche.

—Estás muy guapa. Me gusta tu pelo así —dijo Nico.

—No digas tonterías. Parezco un chow chow.

—Tres mujeres y ninguna se ha traído una mísera plancha del pelo —sentenció Tere.

El ascensor le dio la razón con un timbrazo y las puertas se abrieron. Rai y Fer ya estaban abajo esperándoles.

Los seis caminaron un rato por el paseo marítimo en busca de una mesa libre en alguna terraza.

—Va a estar difícil —dijo Marcos.

—¿Cena para seis? —preguntó un camarero como salido de la nada.

—O no —volvió a intervenir Marcos.

—¿No? —preguntó de nuevo el camarero.

—No... —respondió Marcos que tardó en reaccionar—. Digo sí, cena para seis.

—Anda que... —le dijo Fer que se acercó a él para darle un beso en la mejilla.

Marcos lo recibió de buen grado, pero luego lo rehuyó con una mirada de disculpa.

El camarero juntó dos mesas y comenzó a sacar cubiertos y servilletas mientras los amigos se iban sentando intercalándose chico y chica.

—Venga, un selfie —dijo Tere.

Sacó su paloselfie, colocó el móvil y lo estiró lo máximo que pudo. El comensal de la mesa de al lado, un hombre de unos cincuenta años, notó algo en la oreja y se volvió con brusquedad. Al ver la escena exhaló con resignación.

—Chicos, ¿queréis que os haga yo la foto y os dejáis de tonterías de selfies?

Tere desenganchó el teléfono del palo y se lo cedió al hombre.

—Si es usted tan amable...

—Pues claro que soy amable. Ya no se piden las cosas. La gente ya no pide ayuda...

—Mariano... —le apremió la mujer que le acompañaba—. No te enrolles y saca la foto.

Los amigos mostraron sus mejores sonrisas mientras Mariano hacía varias fotos.

—Sois muy guapos todos. Os van a salir unos hijos preciosos — dijo la mujer de Mariano.

Los seis sonrieron con educación.

—¿Veis? —dijo Tere volviéndose al resto—. No se trata de mentir, sino de dejar que la gente de las cosas por sentadas.

—Sube la foto a Insta y a Facebook —le apremió Marcos—. Y etiqueta.

El camarero intervino para tomarles nota de la bebida.

Los amigos cogieron las cartas para decidir qué querían cenar. El camarero volvió con las bebidas.

—¿Habéis decidido ya lo que vais a tomar?

—Todavía no. ¿Nos da un momento? —respondió Fer.

El camarero sonrió y se fue a otra mesa. Unas chicas habían pedido la cuenta y se marchaban ya.

Nico tenía la mirada puesta en Carla. En nada en concreto, sino una mirada perdida fijada en algún punto indeterminado de la anatomía de su novia. El ruido de unas sillas corriendo por el suelo le sacó de su ensimismamiento. Eran las chicas de dos mesas más allá que se marchaban. Trasladó su mirada perdida a ellas y tardó en enfocar. Una melena morena larga y negra le llamó especialmente la atención. La había visto antes y no tardó en ubicar dónde. Le dio la sensación de que su corazón dejó de bombear.

Carla se giró para ver qué le resultaba tan interesante a su novia.

—Nico, que se te van los ojos —le dijo Carla con cierta preocupación.

Nico sacudió la cabeza para despejar su mente y centrarse en Carla.

—Lo siento. Me parecía que era alguien que conocía —dijo, y el corazón comenzó a bombear de nuevo muy lentamente.

—¿Sabéis ya lo que queréis pedir? —preguntó Rai.

Todos asintieron y Rai llamó al camarero, que les tomó nota antes de volver a meterse al restaurante. La cena transcurrió animadamente, hacía una hora que el sol se había ocultado y soplaba una ligera brisa del mar que hacía las delicias de cualquiera.

—¿Ha habido ya algún comentario en las redes sobre la foto? —quiso saber Marcos cuando llegaron a los postres.

Tere levantó la mano para pedirle paciencia. Sólo quedaba un trozo de flan en el plato y era incapaz de cogerlo con la cuchara. Levantó la mirada y vio las risas contenidas de sus amigos.

—No pienso hacerlo —dijo Tere—. Y menos en un sitio público.

—Venga, cariño, que nadie te va a juzgar.

Tere rió por lo bajo. Miró a sus amigos y alzó los hombros.

—Está bien. Pero no quiero chistes.

Cogió toda su melena y se la llevó a un lado del cuello, inclinó la cabeza hasta que su boca quedó a la altura del plato. Cuando sus labios rozaron el flan, sorbió con fuerza hasta que en el plato ya no quedó nada.

—Uh, eso es, nena —dijo Rai.

Tere le soltó un guantazo en el pecho.

—¡A que te castigo! —gritó Tere a su novio.

—No, por favor, no, que me muero de ganas de hacerte el amor —suplicó Rai.

Las palabras sonrojaron a Carla mientras que el resto reía a carcajada limpia.

—Bueno, ¿hay algún comentario o no? —volvió a preguntar Marcos.

—Ay, Marcos, ¡qué más da! —le dijo Fer.

Marcos se encogió de hombros.

—No sé, por saberlo.

Tere miró el móvil y los ojos se le abrieron.

—Pues hay un montón de comentarios. Básicamente, tíos diciendo que tu novia está buena.

Nico hizo el signo de la victoria con una sonrisa en los labios. Marcos asintió con autosuficiencia.

—¿Contento? —preguntó Fer con cierto hastío.

—Fer, no te pongas así. Lo dejo ya, ¿vale? —le dijo Marcos que le alargó la mano a su novio por encima del regazo de Carla.

Fer extendió la suya y quedaron unidos unos segundos ante el gesto dulce de su nueva amiga.

—Además, ya tenemos lo que queríamos, que es una cama y una noche tranquilos —dijo Marcos.

Fer sonrió complacido.

—Sí, sí, tranquilos... —dijo Rai—. Me parece que aquí hay más de uno y más de una que no va a tener una noche tranquila.

Nico miró de soslayo a su novia para ver cómo reaccionaba ante el comentario. Carla parecía estar preocupada y Nico seguía sin sospechar de qué se trataba.

—Y dicho esto... ¿Pedimos la cuenta ya? —preguntó Tere.

La noche invitaba a alargar la sobremesa hasta la madrugada. Hacía calor y dentro de las casas la humedad podía ser insoportable. Podían haber tomado unas copas en alguna otra terraza o haber dado un paseo por las calles del pueblo, pero aquel grupo de amigos no había ido a la playa a disfrutar de la brisa del mar.

Al menos, así lo pensaban todos menos una persona.

—¡Oye! Podemos ir a tomarnos una copa, ¿no? —sugirió Carla.

Se miraron unos a otros pasándose la pelota de manera silenciosa para ver quién era el que respondía.

—Aún hace calor como para ir al apartamento. Podemos ir a alguna terraza —insistió Carla que comprobó en los gestos de asentimiento de sus amigos que su argumento les había convencido.

—Sí, hay un par de terrazas en la playa que están bien —dijo Fer.

—Pues no se hable más —Carla se levantó de la silla de un salto—. Vamos allá.

Carla agarró a Fer del brazo y lideraron la marcha. Nico tardó en reaccionar. Estaba sentada en la silla intentando juntar unas piezas que difícilmente encajaban. Tere le dio un toque en el hombro.

—Vamos —le dijo.

La sonrisa de Nico salió forzada. Tere quiso decirle algo, pero Rai les interrumpió y se quedó con las ganas.

Los amigos no tardaron en llegar al sitio de moda. Ya no quedaban tumbonas libres, pero pudieron pedir unos cócteles sin esperar demasiado.

Carla estaba desenfrenada. Bailaba a ritmo de trip hop, Nirvana, chill out o lo que le soltaran mientras sorbía con una pajita los restos de su mojito.

—¿Por qué me da la sensación de que algo va mal? —le preguntó Nico a Tere.

Tere dio un trago a su Cosmopolitan para ganar tiempo.

—Ha pasado por mucho últimamente. No te preocupes. Está bien —dijo finalmente.

Nico oteó el ambiente. Tere se arrimaba a Rai cada vez más, riéndose ampliamente, moviendo su melena sin parar, hablándole al oído. Fer y Marcos, sin embargo, tomaban un par de cervezas y permanecían estáticos, aparentemente ajenos a la bacanal de cuerpazos masculinos esculpidos tras meses de gimnasio que no paraba de moverse en torno a ellos.

Carla se acercó a ella con la respiración entrecortada de tanto bailoteo.

—¿Te apetece otra copa? —le preguntó.

Nico levantó su Daikiri de fresa y negó con la cabeza.

Carla se encogió de hombros y se sentó en la cabecera de una tumbona. El que la ocupaba apenas reparó en ello puesto que se daba el lote con una rubia despampanante sentada junto a él. Nico pensó que sería gracioso que se levantaran de repente y Carla cayera al suelo de culo.

—¿De qué te ríes? —quiso saber Carla.

—De nada —respondió Nico.

Nico miró de soslayo el escote de Carla. No era muy pronunciado, pero al estar su novia sentada, tenía un ángulo picado que le permitía ver su canalillo. Se puso de puntillas con disimulo y logró ver la curvatura que hacía uno de sus senos, desde el esternón hasta el pezón, que no se veía por estar resguardado dentro del sujetador, pero que activaba la imaginación de Nico. La respiración de Carla había vuelto a la normalidad y así pudo comprobarlo Nico, que estaba hipnotizado por el movimiento de su pecho.

—Ah, ya —dijo Carla que se levantó de un salto—. Así que te reías de mis tetas, eh.

Iba a darle un manotazo a su novia cuando Fer y Marcos llegaron a su altura.

—Nosotros nos vamos al apartamento —dijo Marcos.

—Oh, ¡qué sosos! Si la noche no ha hecho más que empezar —dijo Carla.

—Nosotros nos vamos también —dijo Rai que había oído desde lejos a sus amigos.

—¡Venga ya! —protestó Carla.

—Nos vamos precisamente porque la noche es joven —le respondió Rai guiñándole un ojo.

—¿Os venís? —preguntó Tere mirando más a Nico que a su amiga.

Carla se fijó en ese detalle.

—Sí, nos vamos —dijo Nico antes de que Carla saltara con alguna otra excusa.

Carla torció el gesto y no dijo nada más en todo el camino.

Mientras las otras dos parejas entraron en sus habitaciones con miradas cómplices y palabras al oído, las dos chicas entraron en silencio y con la cabeza baja.

—¿Me vas a decir ahora qué te pasa? —preguntó Nico.

Carla cerró la puerta y le miró con extrañeza.

—No, no me mires así. A ti te pasa algo y quiero que me lo cuentes.

Nico permanecía firme delante de Carla, que estaba entre su novia y la pared. Carla se le acercó despacio y Nico no pudo evitar admirar su cuerpo. Lo tenía tan cerca y, sin embargo, lo sentía tan lejos.

—No me pasa nada —dijo Carla cuando estuvo a la altura de su novia. Exhaló un par de veces a dos centímetros de su boca, se humedeció los labios y la besó.

Carla acarició la mejilla de Nico con el dorso de la mano.

—Estás ardiendo —dijo.

Nico rió con sorpresa.

—¿Cómo no voy a arder si me besas así?

Carla repitió el beso, pero esta vez Nico no le dejó despegarse. Abrazó su espalda y atrajo el cuerpo de su novia hasta que le aplastó los pechos.

Las dos se enzarzaron en una lucha de besos, mordiscos y lengüetazos, parecida a las que solían tener en las despedidas en el portal de alguna de las dos. Aunque esta vez la lucha no acabaría con las bragas mojadas, pero en su sitio. Tenían una cama, dos en realidad, y una noche entera para ellas solas, sin interrupciones ni miedos.

—Dios, qué caliente estoy —dijo Nico.

El cuerpo de Carla se puso rígido, pero su novia no lo captó porque la empujó hacia la cama. Carla permanecía tumbada boca arriba, seguía besando a Nico, pero sus ganas se iban apagando poco a poco.

Nico, fuera de sí, no dejaba de besar a Carla. El cuello, los hombros, el escote. Le molestaba la camiseta y quiso quitársela. Fue entonces cuando Carla le frenó.

—Para... por favor —pidió Carla.

Nico levantó la cara para mirar a su novia. Varios mechones de su melena le impedían ver con claridad. Resopló y despejó algunos.

—¿Qué pasa? —preguntó con la respiración entrecortada.

Carla le retiró con suavidad la mano que agarraba la camiseta.

—No puedo —dijo con tristeza.

—¿No puedes? ¿Por qué? —quiso saber Nico.

Carla ladeó la cara para evitar el contacto visual con su novia.

—¿Qué pasa, mi amor? —insistió Nico.

—Nico, yo... —Carla no pudo contenerse y soltó una lágrima.

Nico escaló hasta ella y le abrazó en un intento de contener de alguna manera las lágrimas de Carla.

—En esta cama hay mucha gente —dijo Carla por fin.

—¿Muchas gente? ¿A qué te refieres?

Carla se giró para estar frente a Nico. Se limpió el par de lágrimas que se habían derramado por sus mejillas.

—Están todas las chicas con las que te has acostado. Está mi cirujano abriéndome en canal y dejándome esta horrible cicatriz... —dijo, y se agarró la camiseta con rabia a la altura de la tripa.

Nico permaneció en silencio porque le daba la impresión de que su novia no había acabado.

—No quería hacer este viaje. Siento que no estoy preparada para acostarme contigo, pero Tere me insistió y tú estabas tan ilusionada... Ojalá estuviera en el mismo punto que tú, pero yo... —dijo y volvió a llorar escondiendo su cabeza bajo la barbilla de Nico—. Yo... —volvió a decir.

—Ssssh... —siseó Nico—. No te preocupes. Iremos más despacio.

En ese momento, comenzaron a oírse gemidos en la habitación de al lado, donde se habían instalado Tere y Rai.

—Olvida a las chicas con las que me he acostado. Sólo pensaba en encontrarte y por fin estamos juntas.

—Pero yo no me he acostado con nadie, no sé si sabré...

A Nico le costó entender a su novia porque su boca estaba encajada en el hueco entre su barbilla y su clavícula. Le llegaban las vibraciones de las palabras de Carla a través de su garganta, y su voz sonaba hueca. Además, los gemidos al otro lado de la pared eran cada vez más intensos.

—Hacer el amor con una chica es muy fácil. No es como hacerlo con un tío que se acelera y te quiere meter el rabo en seguida y

tú estás tensa porque no estás lo suficientemente mojada y temes que te haga daño.

Carla rió ante el comentario de su novia. Sacó la cabeza y tomó un poco de aire.

—Pues parece que Tere está muy relajada —dijo Carla que cambió los lloros por las risas.

—Sí, y a mí me está dando el bajón —contestó Nico con otra sonrisa.

Cuando las dos dejaron de reír, Carla miró a Nico con tristeza.

—¿Me perdonas? —le preguntó.

—No hay nada que tenga que perdonarte —respondió Nico—. Pero una cosa: si vamos a dormir ya, necesito quitarme ropa. Así que... —dijo, y salió de un salto de la cama para quitarse la ropa y quedarse en bragas.

Carla se llevó las manos a la cara avergonzada, pero abrió un hueco entre los dedos para ver cómo Nico se metía de nuevo en la cama.

—Y con respecto a tu cicatriz... —dijo Nico—, que sepas que me encantan.

—¡Qué mentira! —saltó Carla, que se puso roja al ver los pechos al aire de Nico.

—Es verdad... Las cicatrices se forman por algo. Me interesa ese algo. ¡Las cicatrices son historias ocultas tras la piel! —dijo Nico como si citara una frase célebre.

—Pues la mía ya te la conté.

Carla se levantó de la cama.

—Voy a ponerme el pijama. No mires —le ordenó.

Nico hundió su cara en la almohada, pero hizo trampas y asomó un ojo. Vio la espalda de Carla al desnudo. Se había quitado el pantalón y se disponía a cambiarse la parte de arriba. Casi tenía puesta la camiseta con la que iba a dormir cuando se giró y vio que Nico la estaba mirando.

—¡He dicho que no mires! —volvió a pedir Carla intentando no reírse.

Nico ahogó su risa con la almohada. Al girarse, le había visto un pecho.

Aunque aquella noche los termómetros no bajaron de los 25º, Nico y Carla durmieron abrazadas.

Sábado

Los primeros rayos de la mañana incidieron directamente en el rostro de Carla y la despertaron.

Le costó un poco ubicarse. La cama en la que estaba no olía como la suya y las primeras figuras que adivinaba más allá de las legañas no se parecían en nada a los muebles de su habitación.

Se frotó los ojos con fuerza y bostezó como un león del zoo. Estaba en Gandía, era sábado y no tenía prisa por levantarse.

Intentó desperezarse, pero algo se lo impidió. Era lo último que le quedaba por encajar: Nico dormía a su espalda. Lo había hecho toda la noche, con sus piernas acopladas bajo su culo y la mejilla pegada a su espalda. Se hizo un hueco despacio para no despertarla y se giró para mirarla de frente.

Nico respiraba con pesadez, por lo que supuso que dormía de manera profunda. Transmitía paz, pero también un punto de vulnerabilidad que todavía no había visto en ella.

Le acarició la mejilla con tanta suavidad que le hizo cosquillas. Nico dio un manotazo y golpeó la mano de Carla. Después, se dio media vuelta y siguió durmiendo.

En cierto modo, Carla se sintió rechazada aunque sabía de sobras que Nico no lo había hecho a propósito. Escaló por encima de su hombro y comenzó a soplarle detrás de la oreja. Nico murmuró algo ininteligible y manoteó al aire de nuevo. Carla esquivó el golpe y volvió a soplarle en la oreja. Esta vez, Nico murmuró un poco más fuerte y volvió a golpear a la nada con la mano. Su novia dejó de hacerle rabiarse y le dio un beso en la mejilla.

—Qué mona eres cuando duermes —le susurró.

Se giró para levantarse, pero Nico le agarró la mano y se lo impidió.

—¿Te has levantado con ganas de guerra? —le preguntó con un sólo ojo abierto.

—No, perdona, sólo quería hacerte rabiar —respondió Carla.

—Menos mal —suspiró Nico volviendo a cerrar los ojos—. Porque por las mañanas no me apetece nada el sexo.

Aprovechó que Carla se había levantado para ponerse boca abajo y ocupar toda la cama. Carla se fijó en su culo. La braga se le había metido por la raja y se le asomada media nalga. Cayó en la cuenta de que era la primera vez que veía el culo de su novia. Estaba prieto y las bragas parecían ser una talla más pequeña de lo que deberían porque la carne luchaba por salir. Le entraron unas ganas irrefrenables de mordérselo. Se puso de rodillas sobre la cama y alargó la mano.

—¿Estás segura de eso? —dijo Carla acariciándole el culo.

Nico asintió con un prolongado murmullo.

—Hasta después del desayuno, no soy persona —respondió.

—¡Qué pena! —dijo Carla dándole una palmada en el trasero—. Me voy a la ducha, a ver si se me baja el calentón.

Nico rió desde la cama y pensó en sorprender a su novia en la ducha, pero su cuerpo no respondió.

—Ya te pillaré —susurró antes de caer dormida de nuevo.

El apartamento era un hervidero. Los seis amigos se movían de un lado a otro preparándose para bajar a la playa.

—Hay un súper abajo. Podemos comprar cosas para llevar a la playa, tipo tortilla, pan, gazpacho y eso —sugirió Fer.

Tere sacó una pabela de su maleta, lo que dejó a Rai con la boca abierta.

—Tu maleta es como el bolso de Mary Poppins. No paras de sacar cosas.

Ella sonrió con coquetería mientras posaba con la pabela puesta. Se colocó unas enormes gafas de sol y avisó a todo el mundo de que ella ya estaba lista.

Carla se puso el bañador en el lavabo. Tenía unas rayas verticales azules y blancas y un escote con relleno que le ayudaba a resaltar su escaso pecho. Lo importante era que le servía para ocultar la cicatriz del sol.

—¿Te queda mucho, Carla? —preguntó Nico al otro lado de la puerta.

Hubo un silencio y luego se escuchó descorrer el cerrojo. Carla invitó a su novia a pasar dentro.

—¿Me favorece el bañador? —preguntó dando una vuelta sobre sí misma.

—Estás preciosa.

—No mientas.

—No miento. Estarías preciosa hasta con un babuino de culo pelado en la cabeza —dijo Nico.

Carla se rió ante la ocurrencia de su novia y se dio por satisfecha.

—Pero que sepas que no te creo nada —le dijo a su novia antes de darle un beso en la nariz y salir del baño.

Los seis amigos salieron del apartamento y caminaron ocupando toda la acera. La pamele de Tere acaparaba las miradas de los transeúntes y ella se mostraba encantada.

Tras el paso por el supermercado, cogieron un buen sitio en la playa y desplegaron una pequeña tienda de campaña que había llevado Marcos.

Cuando Carla y Nico dejaron las toallas estiradas sobre la arena se retaron a una carrera para ver quién llegaba antes al agua. La ganó Carla, hecho que aprovechó Nico para ver con un poco más de detenimiento a su novia.

—Está buenísima —dijo Cara al meterse un poco más adentro.

Nico veía reflejado en su rostro la felicidad más absoluta, esa que tienes de pequeño cuando ves el mar por primera vez. Imaginaba que Carla estaba ante un segundo bautizo, más consciente de la vida, cada día un poquito más segura de sí misma. La veía reír con la boca abierta, jugar con las olas, zambullirse de cabeza.

Nico nadó hasta ella y le agarró por la cintura.

—Me encanta ir en bañador —confesó Carla—, porque no tengo miedo de que se me baje nada por el golpe de una ola.

Abrazó a su novia y le dio un beso húmedo y salado. Carla sentía el cuerpo de Nico pegado al suyo y lamentó no llevar bikini como ella. Aun así, no desaprovechó la ocasión y acarició la espalda de Nico mientras la seguía besando.

—Carla, como sigas así... —dijo Nico entre beso y beso.

—¿Qué? —preguntó Carla retadora.

—Que no respondo.

Carla rió en los labios de Nico, le dio un beso fuerte y luego se separó repentinamente de ella.

—Esta noche. ¿Querrás? —sugirió Carla, que se alejó lentamente de su novia con un par de brazadas.

Nico asintió con la cabeza. Carla se alejó un poco más y empezó a formar parte del decorado de la playa. Nico se entretuvo mirando a la gente que, como ellas, disfrutaban jugando en el mar. Estuvo un rato así hasta que se detuvo en dos chicas. Estaban un poco a lo lejos, lo suficiente para que ninguna de las dos se percatara de que estaban siendo observadas, pero lo suficientemente cerca para fijarse en ellas con detenimiento. Nico se sumergió en el agua lentamente hasta que le llegó por debajo de la nariz. Una de las chicas llevaba el pelo corto, más corto que Carla. La otra llevaba melena. Negra, lacia y mojada. Reían y se besaban como hasta hace un momento lo habían estado haciendo Carla y ella.

Nico buceó hasta llegar a la orilla y alcanzar allí a su novia, que ya estaba saliendo para secarse al sol. El corazón le latía con fuerza porque esa melena negra, lisa y mojada le llevó en un viaje a través de su memoria más reciente a Londres.

Los seis amigos disfrutaron de una larga jornada de playa. A pesar de que en un principio pensaron que habían comprado demasiada comida en el súper, no sobró nada.

—La playa da hambre —dijo Rai cuando se llevó el último trozo de empanada de atún que quedaba.

—A ti te da hambre todo —apuntó con sorna Tere.

Rai rugió y le amenazó con un mordisco.

El sol caía tan lentamente que apenas se dieron cuenta. Se habían picado a jugar a las palas por parejas y no había manera de ganar a Fer y Marcos.

Carla permanecía de pie, esperando a que la pareja de gays derrotara a la de heteros y entrar ella y su novia a jugar. Se fijó en su sombra. Era larga, casi inacabable. Giró sobre sí misma y vio el cielo rojizo y el sol a punto de tocar con el horizonte y desaparecer por detrás del mar. Luego se fijó en cómo el sol brillaba en las motitas de arena que Nico tenía pegadas a su espalda. Su novia movía la cabeza de un lado a otro siguiendo la pelota.

—Chicos, ¿qué hora lleváis? —preguntó Carla.

Los cuatro pararon de jugar al tomar consciencia de que habían perdido la noción del tiempo. Marcos sacó un móvil de la bolsa y miró la hora.

—Las 8 y media.

—¿Os parece que pillemos algo por el camino y nos vamos al apartamento? —sugirió Fer.

Todos asintieron y comenzaron a recoger las cosas, pero un grito les alertó de que algo no iba bien del todo. Cuando se giraron vieron a Tere horrorizada señalando la espalda de Rai.

—Mi amor, te has quemado —dijo.

Rai giró un par de veces sobre sí mismo intentando verse la espalda.

—¡No jodas!

El resto se acercaron por detrás de él para calcular los daños de las quemaduras. La enorme espalda de Rai tenía un tono entre rosa y morado. Marcos apretó con su dedo índice en la piel de Rai, que se tornó blanca por la presión y que no tardó en retomar su color morado.

—Y bastante...

—Toma las llaves, Tere —dijo Fer—. Ve al apartamento con Rai y ponle aftersun. Nosotros pillaremos unas pizzas e iremos para allá.

La pareja cogió las llaves y se adelantaron.

Cuando Carla, Nico, Fer y Marcos llegaron al apartamento portaban cinco pizzas de diferentes sabores. Rai estaba tumbado boca abajo en el suelo del salón, con la espalda blanca por la crema y Tere abanicándole con una revista vieja.

—Rai, alégrate que ya ha llegado la comida —dijo Carla.

—Hemos pillado también unas sangrías, para que olvides tus penas con alcohol —añadió Fer.

Los amigos estuvieron hasta las primeras horas de la madrugada bebiendo y charlando animadamente como si fueran viejos amigos.

—Pero, ¿tan cerrados son tus padres que temes que te rechacen por ser gay? —preguntó Nico a Marcos.

Marcos suspiró resignado, movió la cabeza de un lado a otro y ganó algo de tiempo antes de responderle.

—Son de pueblo, de otra época. Han recibido una educación muy concreta. Su sistema de valores... Es como una especie en extinción. Cuanto más cerca está su final, más esfuerzos hacen por mantenerse vivos. Son más papistas que el Papa.

—Nunca mejor dicho, porque ahora ni el Papa condena a los homosexuales —apuntó Tere.

—¡Exacto! —saltó Marcos—. Pero ellos no quieren darse cuenta, piensan que nosotros estamos equivocados. ¡Hasta el Papa se equivoca! Me he criado escuchándoles despotricar a la tele cuando salía un negro, un moro o un homosexual. ¡Bastante he hecho que no he salido un neonazi armarizado que sale a la caza del maricón!

—Pero no es sano, cariño —dijo Fer—. Ya sé que es duro oírlo, pero si no te aceptan como eres, no puedes vivir con ellos.

—Es fácil decirlo, pero muy difícil hacerlo. Desde que lo dejé con mi novia de toda la vida, no hacen más que concertarme citas con chicas que no sé de dónde sacan. Creo que son escorts. Al principio quedaba con ellas, teníamos una cita agradable y las rechazaba lo más cortésmente posible. Desde que estoy con Fer, cancelo las citas. No sé qué se puede hacer en estos casos. No sé

qué hacer. Con Fer soy muy feliz, pero mi felicidad hace desgraciados a mis padres.

—Y su felicidad te hace desgraciado a ti —le dijo Rai que le tendió un brazo por la espalda. Marcos le devolvió el gesto y Rai gritó del dolor.

—Lo siento, Rai, no quería...

Rai se recompuso y se cogió el último pedazo de pizza.

—Creo que es hora de irse a la cama —dijo Tere, y nadie le llevó la contraria.

Carla se tomó una ducha rápida antes de ir a la cama. Cuando entró a la habitación ataviada sólo con una camiseta de tirantes y unas bragas, Nico se acercó a ella y aspiró el aroma a frutos del bosque de su piel.

—Mmmm, te comía toda —dijo.

Carla sonrió complacida. Estaba convencida de que si le dijera a Nico de esperar un poco más, su novia lo entendería y esperaría. Pero la propia Carla quería acostarse con Nico. Llevaba deseándolo todo el día. Recordó el beso húmedo en el agua, el tacto de su piel, el chisporroteo del sol sobre su espalda. Agarró la cara de Nico y la atrajo hacia la suya para darle un beso suave y lento.

—Y yo a ti —dijo Carla.

Nico le sonrió. Antes de que su novia se arrepintiera, le devolvió el beso y le agarró por la cintura. Le inundó el frescor que traía Carla de la ducha. Recorrió su cuello con la nariz y bajó lentamente por la clavícula. Carla le agarró la cabeza y le obligó a

subir para besarle. Nico le correspondió, pero volvió a bajar de nuevo. Se moría de ganas de palpar con sus labios los pechos de Carla, que le forzó a que subiera otra vez hasta su boca. Nico, al ver que su táctica no funcionaba, aprovechó el fragor de los besos para obligar a Carla a dar unos pasos hacia atrás. Las corvas de Carla golpearon con el colchón —los colchones— de la cama y se quedó sentada.

—¡Qué fácil me has llevado a la cama! —protestó Carla.

Nico siseó. Con un rápido movimiento, se quitó el pantalón ante la mirada atenta de su novia. Con otro movimiento, un poco más torpe, se desabrochó el sujetador y se lo sacó por debajo de la camiseta.

—Ahora estamos en paz —dijo.

Con el roce de la tela, los pezones de Nico se marcaban bajo la camiseta. Carla levantó la mano con timidez y le agarró un pecho. Era algo más grande que el suyo, pero no tan turgente. Movié la mano en el sentido de las agujas del reloj mientras acariciaba con el pulgar el pezón, que se ponía cada vez más duro.

Nico permanecía de pie, observando a Carla como quien observa el nacimiento de una estrella. Tenía ganas de que le tocara también con la otra mano, que acariciara la piel de su espalda por debajo de la camiseta, de que lamiera sus pechos, pero aguardó con paciencia a que Carla se soltara poco a poco.

Carla se atrevió a dar un paso tras otro, adquiriendo en cada uno más valentía que le ayudara a dar el siguiente. Metió la mano izquierda por debajo de la camiseta y acarició la piel de Nico, por delante, por detrás, por un costado. Metió la otra mano y fue directa al pecho que subía y bajaba cada vez más rápido por la

respiración acelerada de Nico. Carla se puso de pie y besó con pasión a Nico. Sus caricias se hacían cada vez más fuertes, más intensas sobre la piel de su novia. Las chicas no se dejaban tiempo para respirar, tenían sed la una de la otra y sus lenguas eran un manantial. Carla le quitó la camiseta a Nico y esta respondió tumbándola en la cama.

Nico comenzó una lucha contra su propio pelo, que se empeñaba en colarse en la fiesta interrumpiendo sus besos.

—Voy a hacerme una coleta —dijo.

—¡No! —exclamó Carla—. Me gusta así. Estás salvaje.

Nico se imaginó cómo la vería su novia desde abajo, con el pelo enmarañado, llevado a un lado, haciendo una ola de mar como las que habían sido testigos de sus besos unas horas antes.

—Está bien —concedió Nico, que retomó las caricias donde las había dejado.

Carla sentía que estaba en un parque temático, con ganas de subirse a todas las atracciones a la vez y no saber por dónde empezar. Sus manos iban nerviosas de la espalda al pecho, y del pecho al pelo, a la cara, al cuello.

Nico retomó su táctica y comenzó a besarle el cuello, para bajar por la clavícula instantes después. Le besó el esternón hasta que llegó a la tela de la camiseta. Metió su mano por debajo de ella y la levantó un poco. Entonces, Carla cayó en la cuenta de lo que tramaba y le agarró la muñeca.

Las dos se quedaron en silencio mirándose fijamente a los ojos.

—Siento mucho lo que vas a ver —se disculpó Carla.

Nico le respondió con un beso dulce en la boca.

—Tonterías.

Volvió a bajar mientras Carla cerró los ojos siguiendo la técnica del avestruz. Nico subió lentamente la camiseta. Ante sus ojos se iba revelando poco a poco la cicatriz de su novia. Era marrón con los bordes rosados, blanquecinos en algunas partes. Se agachó hasta ella y comenzó a besarla de abajo arriba suavemente, mientras acariciaba con delicadeza los costados de Carla. A esta se le escapó un gemido. Nico siguió subiendo por la tripa de Carla hasta que su novia le puso una mano en la frente para pedirle que parara. Nico la miró confusa, pero Carla se quitó la camiseta y le sacó enseguida de dudas. Una Carla más relajada quedó apoyada con los codos sobre el colchón, invitando a Nico a que siguiera con sus besos y caricias. Sin pensarlo dos veces, Nico se lanzó al pecho de Carla que lamió y mordisqueó para mayor deleite de su novia, que nunca hubiera imaginado que sus diminutas tetas podrían albergar tanto placer.

Llegó como un clic, como una epifanía o un momento de iluminación. Carla, pese a no haber hecho el amor previamente, supo lo que tenía que hacer. Si a ella le iban a estallar los labios menores y deseaba que su novia se los acariciara, Nico debería estar igual. No estaba segura de la técnica que debía utilizar, pero eso no le frenó para meter la mano por debajo de sus bragas y acariciar con las yemas de los dedos la carne que le asomaba entre el vello púbico de su novia.

Nico ronroneó y se mordió el labio inferior. Los dedos de Carla se adentraron un poco más, hasta que quedaron atrapados por la viscosidad del interior de su novia. Sus ojos se cruzaron. Carla tuvo la sensación de que veía más allá de su pupila, que era capaz de ver el interior mismo de Nico, ese que ahora se esmeraba en acariciar. Trató de no perder el contacto visual,

pero Nico no se lo puso fácil. Constantemente cerraba los ojos para perderse en el gusto de sentir un par de dedos acariciándole su sexo.

—Dios... —logró decir.

—¿Eso significa que lo estoy haciendo bien? —preguntó Carla.

Nico se humedeció los labios y luego los apretó hasta casi desaparecer. Asintió con la cabeza.

Sin dejar de tocar a Nico, Carla bajó la cabeza hasta que su boca quedó a la altura de los pechos de su novia. Rozó con sus labios los pezones, jugueteó lentamente con su lengua, los besó, los sopló, los mordió con suavidad.

Nico trató de mantener la compostura. Con un movimiento del hombro, hizo que Carla subiera de nuevo a la altura de su cara. Le besó con fuerza, coló su brazo por debajo del de Carla y metió la mano entre sus piernas. Sin muchos rodeos, trazó círculos en el interior de su novia que se puso a temblar al instante.

Carla quitó la mano y se zafó de la de Nico. Sin mediar palabra, le bajó las bragas e hizo lo propio con las suyas. Ambas estaban sudando y sabían que aquello no había hecho más que empezar. Se pusieron de rodillas frente a frente y continuaron donde lo habían dejado.

—Que no acabe nunca, que no acabe nunca... —susurraba Carla.

Tardaron poco en cambiar de postura, como si el placer que sentían con la que tenían no fuera suficiente y se pudiera mejorar con otra posición. Entrelazaron sus piernas, juntaron sus sexos y metieron las manos en busca de más placer. El fuerte olor a sexo subía y sabían que tardaría en despegarse de su piel y

de las sábanas, que se habían desprendido de las esquinas y se enredaban en sus cuerpos.

Era tal el frenesí en el que se encontraban que no se percataron de que los colchones se estaban separando. Había sido una buena idea unirlos para dormir, pero el invento no iba a aguantar todo el trajín al que estaba siendo sometido. Cuanto más cerca estaban de correrse, más se movían y más se separaban los colchones. Las patas de las camas se deslizaron por el suelo, arañando con estrépito la baldosa, y los colchones cedieron a las amantes que cayeron a plomo sobre el suelo.

—Joder... —dijo Nico sin saber qué había ocurrido.

Carla dio un grito al golpear con la rabadilla en una de las patas.

—¿Estás bien? —se preocupó Nico, que fue a socorrerla.

La puerta de la habitación se abrió repentinamente.

—¿Estáis bien? —preguntó Tere.

Las chicas gritaron y buscaron algo con lo que taparse. Tere se tapó los ojos pero no pudo evitar reírse ante la estampa que acababa de presenciar. Los chicos no tardaron en personarse detrás de Tere y, al ver el percal, sintieron cierto rubor.

—Joder, Tere, ¡cierra la puerta! —gritó Carla.

—Perdón, perdón —dijo, y cerró tras de sí.

Las chicas pudieron oír las risas al otro lado de la puerta. Primero se mostraron molestas, pero pronto empezaron con una risa floja que no pudieron contener y que se transformó en una carcajada parecida a la de sus amigos.

Se quedaron tumbadas en el suelo. De repente, sintieron que era el mejor sitio más fresco para pasar una calurosa noche de verano.

Domingo

Carla se despertó a la mañana siguiente con una extraña sensación en el cuerpo. Por un lado, se sentía muy descansada y le parecía increíble lo bien que había dormido en el suelo. Por otro lado, y pese al descanso general, sentía algunas partes de su cuerpo un poco cargadas. Concretamente, su brazo derecho, que le pesaba como si fuera de hierro en lugar de carne y hueso.

Dejó rodar la cabeza hacia el otro lado y el cuello le crujió violentamente. Se masajeó la nuca mientras miraba la estampa que tenía ante sus ojos: Nico, desnuda, despatarrada en el suelo, con cara de felicidad absoluta.

Empezaron a llegar los recuerdos a su mente y se abochornó.

—Mierda, mierda, mierda —dijo llevándose las manos a la cara.

Lo repitió tantas veces que Nico se despertó sobresaltada.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —dijo tras incorporarse como un resorte.

Medio dormida todavía vio que Carla negaba con la cabeza con el rostro oculto por las manos. Se acercó a ella y se las retiró. Tuvo que hacer fuerza hasta que Carla dejó de resistirse.

—¿Qué pasa? —preguntó Nico.

El rostro de Carla estaba colorado y parecía a punto de llorar.

—¿Qué pasa, Carla? —volvió a preguntar Nico alarmada.

—Anoche —comenzó a decir—. Anoche nos... pillaron.

Carla se escuchó a sí misma y junto a sus palabras le vinieron a la mente las imágenes de sus amigos riéndose. Lo repitió dos veces más: «Anoche nos pillaron. Anoche nos pillaron».

Nico le pedía silencio en vista de que su novia había entrado en un bucle. Pensó cómo sacarla de ahí y forzó una risa.

—¿De qué te ríes?

—Les hemos debido traumatizar —dijo Nico que transformó su risa forzada en una real.

Carla primero le miró con odio, pero la risa de Nico era tan contagiosa que su diafragma empezó a flojear y los pulmones dispararon el aire a una boca abierta y sonriente.

—Habrán visto cosas peores —dijo Carla entre carcajada y carcajada.

—A Fer y Marcos les habrá dado un patatús al ver tanto coño.

Ninguna de las dos podía ni quería parar de reír, pero Nico le pidió silencio otra vez.

—A ver si van a abrirnos la puerta otra vez y nos ven aquí tiradas, desnudas y riendo como locas.

—Esta noche, ponemos una silla que a mí no me hacen un coitus interruputus otra vez —dijo Carla.

—¿Esta noche? ¿Y por qué no ahora? —sugirió Nico que se abalanzó sobre ella para besarle en el cuello como si fuera un vampiro.

—Pensaba que no eras de polvos mañaneros.

Nico se dejó caer sobre el cuerpo de Carla.

—Es verdad. No te rendiría nada. Reservemos fuerzas.

Carla abrazó a Nico y le besó apasionadamente. Rodaron por el suelo hasta que Nico quedó boca arriba, a merced de su novia. Carla le dio un último beso en los labios y se levantó de un salto.

—Pues es una pena.

Carla rebuscó en su mochila algo de ropa para irse a la ducha. Luego volvió hasta Nico, se agachó y le dio un toque en la nariz con el dedo índice y salió de la habitación dejándole el aroma de su propio sexo, pertinaz desde la noche anterior.

Nico, una vez más, fue incapaz de mover un solo dedo de su cuerpo para sucumbir a los placeres que le ofrecía su novia. Se confirmaba que no era de polvos mañaneros.

Nico y Carla se esperaban los silbidos y comentarios chistosos con los que fueron recibidas por sus amigos en el salón. Sólo estaban despiertos Fer y Marcos por lo que el bochorno fue menor.

Las chicas saludaron como si fueran las reinas de un país muy honorable que daban las gracias a sus súbditos.

—Gracias, gracias —dijo Nico—. Pero la siguiente actuación ya será 100% privada, ¿vale?

Sus amigos asintieron y ahí quedó la cosa.

—¿Queréis que bajemos a almorzar ya o esperamos a que se despierten Tere y Rai? —preguntó Fer.

Marcos y Carla lo tuvieron claro.

—A almorzar —dijeron a la vez.

—Si tenemos que esperar a que esos se despierten, vamos buenos —añadió Marcos.

—Bien —dijo Fer—, podemos ir a desayunar por la zona de la Colegiata. Así si se despiertan, les podemos indicar mejor que si vamos a la zona de la playa.

A los tres les pareció una buena idea.

José Miguel paseaba junto a su novia Bea por el casco antiguo del pueblo en busca de un sitio donde poder tomar algo. Todavía no habían decidido si sería almuerzo o comida dada la hora y suponían que lo sabrían cuando encontraran un bar o un restaurante que les gustara.

Bea hablaba sin parar de la gran decisión que había tomado hacía unos meses y que hoy podía comprobar que había sido la acertada.

—Ya ni me acuerdo cuánto me costaron las sesiones, ¿sabes? Es algo que ya he rentabilizado. No digo a nivel económico, que no creo que tarde en rentabilizarlo, sino a nivel de tranquilidad. Que te digan de ir a la piscina o a la playa y no estar preocupándote de si tienes pelos aquí o allá y tener que pedir cita y que no te den... ¡buf! Sólo de acordarme de todo lo que era aquel estrés ya me compensa lo que he pagado y el dolor.

José Miguel asentía sin prestar mucha atención mientras oteaba las mesas de las terrazas en busca de algo que le llamara la atención y le invitara a quedarse.

—Porque no veas cómo duele. Claro, como yo era tan peluda. Clarita de piel y el pelo negro. Dolía un cojón, pero dicen que el láser es más efectivo en tipos de piel como el mío.

Bea puso morritos y miró al cielo. Quería calcular cuánto se había gastado en la depilación láser.

—Bueno, no sé cuánto me habré gastado, pero ya te digo que está más que rentabilizado.

Fue entonces cuando José Miguel se fijó en una mesa que le llamó la atención. Y lo hizo por tres razones. La primera porque los comensales no paraban de reírse de una manera escandalosa, sin que les preocupara llamar la atención de los de alrededor. Lo segundo que le llamó la atención era que las dos parejas de comensales estaban mal sentadas, no en el sentido ergonómico de la expresión, sino en el protocolario: las chicas estaban sentadas juntas en uno de los lados de la mesa y los chicos en el otro, a diferencia de lo que se podría esperar de que cada chico se sentara junto a su novia. Lo tercero que le llamó la atención a José Miguel de aquella mesa era que conocía a uno de los chicos.

Tiró de su novia que se vio sorprendida por la sacudida y perdió un poco el equilibrio. Temió que se le saliera un pecho del bikini y se lo ajustó para evitarlo mientras protestaba a su novio con escasa convicción.

—¡Marcos! —gritó José Miguel—. ¡Marcos! ¿Qué haces tú por aquí?

Carla, Nico, Marcos y Fer habían pedido más comida de la que podían ingerir. «Cuando estás en la playa nunca sabes cuándo vas a volver a comer, así que hay que aprovechar», había dicho Fer.

Carla comía más despacio que el resto, en parte porque así se lo pedía su colon, pero también porque le contaba a los chicos cómo su novia le había rechazado dos mañanas seguidas. Se había desnudado literalmente ante un par de extraños y, ahora que ya sabía lo que era follar, no le daba vergüenza hablar de sexo.

—Que no es persona hasta que no desayuna, me ha dicho —dijo con sorna.

—A ver, es la comida más importante antes del día. Yo si quieres, me abro de piernas y me dejo hacer, pero no esperes que te lo haga yo porque no tengo fuerzas —se defendió Nico, provocando la risa de los chicos.

—A nosotros nos pasa lo mismo, eh —dijo Fer.

—¡No te lo crees ni tú! —saltó Marcos—. Esta mañana se ha levantado con la tienda de campaña y, claro, había que hacer algo con aquello.

—Y tú te has sacrificado, ¿verdad? —dijo Nico.

Los cuatro se rieron. Por un momento olvidaron todo lo demás: la charada, el plan, los armarios y los miedos. Eran sólo dos parejas disfrutando de un buen almuerzo y de la brisa del mar.

Marcos levantó la cabeza y olfateó el aire en busca de un poco de esencia marítica mientras saboreaba una tostada de pan con aceite y tomate. Cerró los ojos y giró la cara hacia donde venía el

aire. Notaba los rayos de sol incidiendo sobre su piel. Sonrió. Nico, Carla y Fer se fijaron en él y se miraron con complicidad.

Nico hizo una bolita de pan y se la lanzó a la cara de Marcos. Le dio entre ceja y ceja provocando la risa de Carla y Fer. Marcos abrió los ojos. Iba a protestar, pero una voz ronca y potente le interrumpió.

—¡Marcos! ¿Qué haces tú aquí?

Marcos palideció.

—¿Quién es? —preguntó Fer al ver que el semblante de Marcos había cambiado radicalmente.

—Es un compañero de equipo —respondió su novio. Marcos carraspeó, apoyó los codos sobre la mesa y se recolocó en la silla —. Y de los peores.

A Fer no le dio tiempo a preguntar qué significaba eso de «los peores» porque el chico ya se había abalanzado sobre la mesa para interrumpir su almuerzo.

—¿Qué pasa, pichabrava? Que ya he visto en Facebook que te has venido con tu chorba. ¿Cuál es? —preguntó José Miguel.

Las chicas y Fer abrieron los ojos atónitos ante el vendaval de verborrea que acababa de llegar a su mesa.

José Miguel miró a las chicas de arriba abajo.

—Bueno, da igual, las dos están igual de buenas.

Su novia le dio un codazo en los pectorales.

—¡Josemi! —chilló.

Marcos se levantó y se alisó los pantalones. Carraspeó otra vez y señaló a Nico.

—Es... esta.

Fer comenzó a morderse un pellejo del dedo gordo mientras movía con nerviosismo una pierna. Nico no se levantó de su silla, lo que obligó a José Miguel a agacharse para darle dos besos.

—Y estos son un par de amigos —dijo Marcos sin mirar directamente a su novio—. Y en el apartamento está Rai con su novia.

—¡Es verdad! También le vi en las fotos que habéis subido —dijo José Miguel entusiasmado.

El chico fue silla por silla para saludar a la gente y presentar a Bea que se movía torpemente arrastrada por su novio. Cuando llegó a Fer, este apenas le miró y apretó con fuerza su mano. José Miguel se la masajeó inmediatamente después y resopló.

—Me tienes que decir cuál es tu gimnasio, tío. Estás cuadrado —dijo, y le golpeó en el hombro.

Fer hizo un amago de sonrisa y luego miró con impaciencia a su novio. Marcos agachó la cabeza y jugueteó con la punta de su zapatilla con una colilla que había en el suelo.

José Miguel arrastró un par de sillas sin esperar a que nadie le invitara a sentarse.

—Tenemos que quedar a cenar. Todos. Esta noche. —propuso José Miguel—. Y que se venga Rai también. Conozco un

restaurante bueno y bonito. No es barato, eso sí. No está en las guías, así que no hay guiris con sandalias ni negros vendiendo chorradas ni nada de eso.

Hubo un breve cruce de miradas y todas acabaron en Marcos. Con ojos intensos y leves movimientos de cabeza intentaban pedirle que pusiera cualquier excusa para no ir a la cena. Marcos evitó las miradas de sus amigos.

—¡Claro! ¿Por qué no? Será divertido —dijo sonriente. Pero cuando vio las mejillas de Fer, ligeramente enrojecidas, ocultó la sonrisa bajo unos labios apretados.

Fer se levantó de la silla y la empujó con violencia hacia atrás, lo que provocó un gran estruendo.

—Si nos disculpáis, Carla y yo nos vamos ya —dijo extendiéndole la mano hacia su supuesta novia.

Marcos trató de disimular su disgusto. Carla se vio obligada a levantarse y seguirle el rollo. Miró de soslayo a Nico que veía cómo su novia dejaba de estar a su lado.

—Sí —dijo Nico por fin—. Nosotros también nos vamos. ¿Verdad, Marcos?

Marcos asintió en silencio.

—Bueno, pues luego hablamos, ¿vale? —dijo José Miguel antes de que los cuatro amigos se marcharan.

Nada más cruzar la esquina, Fer agarró a Marcos por el brazo.

—¿Qué cojones ha sido eso?

Marcos estaba como atontado y no sabía qué responder a aquello.

—Una cosa es hacer el paripé para la foto y otra esto —continuó inquiriendo Fer—. Has metido a Carla y Nico en un lío.

Las chicas se miraban sin saber qué decir. No estaban seguras de que aquello les molestara tanto como a Fer y sospechaban que el chico estuviera proyectando en ellas su frustración.

Fer se movía de un lado a otro abroncando a su novio, que parecía un fantasma, pálido y mudo.

—¿Cuándo empezarás a vivir tu vida? —le preguntó Fer cuando logró serenarse.

—Esta es mi vida, Fer. No puedo pretender vivir otra —respondió Marcos.

—Pues a lo mejor yo no quepo en ella —dijo Fer con una mezcla de tristeza y enfado.

Carla y Nico no sabían dónde meterse. Temían presenciar allí mismo la ruptura de Fer y Marcos y no sabían cómo actuar.

—Fer, cálmate —pidió Nico—. No digas cosas de las que luego puedas arrepentirte. Nos ha pillado a todos por sorpresa, hemos estado lentos de reflejos y nos hemos metido en un pequeño lío, pero podemos cancelar la cena o darle largas.

Fer parecía más calmado hasta que habló su novio.

—Pero luego me preguntará cuando volvamos a entrenar —dijo Marcos.

Su novio bufó y se marchó dejando a los tres plantados. Carla miró a Marcos y le ordenó con un movimiento de la cabeza que fuera a por Fer. Marcos dio un respingo y salió en busca de su novio.

Las dos chicas se miraron frente a frente y se cogieron las dos manos.

—¿Vamos a la playa y damos un paseo? —propuso Carla.

Nico soltó una mano de su novia y tiró de la otra hasta colocarla en su espalda. Tenía a Carla a dos centímetros de su boca. La besó y luego asintió. Cogidas de la mano, dieron un paseo hasta la parada de autobús.

—¿Qué crees que pasará entre estos dos? —preguntó Carla mientras esperaban el bus que les llevaría hasta la playa.

—No sé. A mí no me importa fingir ser su novia una noche, pero así no se solucionan las cosas.

—Yo no sé si tendría tanta paciencia como Fer...

—Supongo que si quieres a esa persona haces cualquier cosa, ¿no? —dijo Nico—. Hasta un viaje a Londres, por ejemplo —susurró para sí misma.

El autobús llegó en ese instante, y el ruido de las puertas abriéndose impidió que Carla captara la última frase de su novia. Cuando se subieron al autobús, el tono de la conversación cambió radicalmente.

—Me está encantando este viaje —dijo Carla—. Me siento tan... libre. Hasta el hecho de que nos hayan pillado me parece positivo.

—¿Ah, sí?

—Sí, he perdido la vergüenza, los complejos por mi cicatriz. Es fea, pero verla me hace sentir viva.

Nico le sonrió.

—Me alegro de haber podido contribuir a la causa.

Las chicas pasearon por el Grao de Gandía, se compraron un par de helados y se los comieron conforme se iban acercando al mar por los diques del puerto hasta que ya no pudieron avanzar más. Toparon con un murete que hacía de rompeolas. Nico se subió y abrió los brazos. La brisa marina le golpeaba de lleno en el cuerpo y en la cara. Carla quiso saber lo que sentía Nico y también se aupó en el rompeolas. Adoptó la misma posición que su novia. Nico le cogió la mano y así permanecieron un par de minutos.

—Vamos por aquí —dijo Nico.

Bajaron a la zona de rocas. La marea estaba baja y no parecía que hubiera riesgo de ser golpeadas por alguna ola. Carla le siguió y se sentaron en un par de piedras mientras veían a los barcos aparecer y desaparecer en el horizonte.

—Qué bien se está aquí —dijo Carla.

Cerró los ojos y se concentró en el sonido de las olas, en la respiración pausada y rítmica del mar. Hacía calor y llevaba todo el día notando la humedad en las bragas.

—¿Sabes que soñé con esto?

—¿Con qué? —quiso saber Nico.

—Tú y yo cogidas de la mano y paseando por la playa. Cuando me operaron. Antes de ponerme la anestesia, me dijeron que pensara en algo bonito y pensé en ti.

Nico sonreía pero Carla no le veía porque seguía con los ojos cerrados escuchando al mar.

—Pero en mi sueño, te pixelabas y acababas desapareciendo.

El perfil del rostro de Carla contra el azul del cielo tenía embobada a Nico. La serenidad se reflejaba en su cara. Sonreía.

Carla abrió un ojo y miró de reojo a Nico.

—¿Qué? ¿Por qué me miras? —preguntó.

—Porque eres preciosa.

Carla soltó un poco de aire con una sonrisa y se sonrojó. Volvió a cerrar los ojos y a sonreír. No tardó en notar la mano de Nico en su muslo que, como las olas del mar, subía y bajaba rítmicamente.

—Me vas a poner caliente... —advirtió Carla.

—Bien. Eso es lo que quiero.

Carla abrió las piernas y la mano de Nico se metió un poco más adentro.

—¿Me vas a hacer el amor aquí? —preguntó Carla sin abrir los ojos.

—Mmm —asintió Nico con los labios apretados.

Carla abrió los ojos y se reclinó en la roca.

—Estás loca.

Al oír aquella expresión, Nico se abalanzó a su boca y comenzaron a besarse.

Los dedos de Nico desabrocharon con rapidez el pantalón de su novia y comenzaron a jugar por el interior de su sexo. Carla ya estaba muy mojada antes de que sus dedos tocaran nada por lo que no tardó en mover su brazo arriba y abajo para estimular la zona.

Carla se debatía entre besar a su novia y abrir la boca para coger un poco de aire.

—Dios... —logró decir Carla—. Me vas a matar del gusto.

Los susurros y jadeos de Carla motivaron todavía más a Nico que movía el brazo salvajemente. Carla se ancló a su cuello mientras movía la pelvis con la misma agitación.

Nico echó una ojeada por encima de las rocas. No parecía haber nadie en varias decenas de metros a la redonda.

—Puedes gritar, si quieres. No hay nadie.

Como si fuera una orden, los jadeos de Carla se intensificaron al mismo ritmo que el brazo de Nico. Exhaló un grito en el último momento y respiró de manera intermitente hasta que su cuerpo

se calmó. Nico sacó el brazo y se secó los dedos en una piedra. Carla seguía anclada a su cuello.

—Joder, Nico, qué brazo tienes.

Nico notaba el latir del corazón de Carla a través de su pecho. Aún latía a buen ritmo. Carla le miró a la cara, le dio un beso en los labios y clavó sus ojos en los suyos.

—Te quiero —dijo.

A Nico, esas dos palabras le cayeron en el centro justo de su cráneo como una plomada y le produjeron un dolor agudo y muy preciso. Negó con la cabeza y Carla se preocupó.

—¿Qué pasa? ¿La he cagado? —preguntó asustada.

—No es eso, Carla... —intentó explicarse Nico—: Los te quiero después de follar no valen. No son fruto del corazón, sino del coño.

Carla se sintió un poco defraudada y, por miedo a quedar de intensa o de principiante, no dijo nada más.

Cuando Nico y Carla llegaron al apartamento se encontraron con sus cuatro amigos mirándose unos a otros con cara de circunstancias. Los chicos estaban de pie, como si se fueran a liar a tortas de un momento a otro, mientras que Tere estaba sentada en el sofá un poco más calmada.

—¿Alguien nos puede hacer un resumen de lo que ha pasado? —pidió Nico.

—Resulta que José Miguel ha llamado a Rai para que vayamos a cenar todos juntos esta noche. Rai le ha dicho que sí y ahora Marcos no quiere cancelar la cena.

—Ajá —dijo Carla.

La pareja de chicas se acercó lentamente al sofá para sentarse una a cada lado de Tere.

—Fer no está nada a favor de la cena, pero Marcos cree que darle largas a José Miguel cantaría más que ir a la cena y hacer un poco el paripé —les susurró Tere.

Marcos hizo un movimiento rápido con las manos. Tere se sobresaltó y agarró con ímpetu los muslos de sus amigas. Las palmas de Marcos se unieron para rogar a su novio.

—Fer, por favor, ayúdame.

—Marcos, creo que no puedes quejarte de la paciencia que estoy teniendo contigo.

—Lo sé, lo sé, y te compensaré —dijo Marcos. Agachó la cabeza y cerró los ojos. Los dedos de sus manos tocaron la frente. En esa postura, habló de nuevo—. A la vuelta de este fin de semana hablaré con mis padres. Sé que no puedo seguir así. Si me echan de casa, tengo amigos que sé que me acogerán en la suya.

—Claro que sí —dijo Rai—. Te puedes venir a la mía. Pero no te van a echar de casa. Eres su hijo.

—Hombre, para eso se viene a mi casa —se adelantó Fer.

Marcos permaneció inmóvil. Fer resopló y miró al techo. Luego dio un par de pasos y se acercó a su novio. Le retiró las manos de

la frente y le alzó la barbilla. Los ojos de Marcos estaban llorosos. Fer trató de calmarle dándole un beso en los labios. Marcos le abrazó y se hundió en el pecho torneado de su novio.

Ahora que sabían que el plan seguía adelante, comenzó un baile de entradas y salidas al baño, a las habitaciones, de duchas, de espejos empañados y estelas perfumadas. Las chicas se daban codazos para hacerse un hueco en el lavabo y poder maquillarse. Los chicos se intercambiaron camisetas hasta dar con una combinación que gustara a todos.

Carla se hizo hueco frente al espejo y se dispuso a ponerse las lentillas, pero Tere llegó con ímpetu al baño, la empujó sin querer y una de las lentillas salió volando y se coló por el desagüe.

—¡No! —chilló Carla alargando la o—. No puede ser.

—Lo siento, lo siento muchísimo. A veces no controlo el perímetro alrededor de mis tetas —se disculpó Tere.

Nico, que se estaba vistiendo en la habitación, entró al baño tras oír los gritos.

—¿Qué ha pasado?

Carla tenía un ojo cerrado, pero por el otro, que sí tenía puesta la lentilla, pudo ver a una Nico espectacularmente guapa, vestida con unos pantalones negros ajustados y un top blanco con cuello palabra de honor que resaltaba su busto y su moreno. El mar le sentaba muy bien a su pelo. Estaba ligeramente ondulado y lucía unas mechas rubias por el efecto del sol y el agua salada de aquellos días. Carla no pudo articular palabra. Sólo quería que la noche acabara y poder despojar a Nico de sus ropas y hacer el amor con ella muy lentamente.

—Que le he empujado sin querer y la lentilla se ha caído por el desagüe —dijo Tere.

Carla seguía admirando a su novia con un ojo cerrado.

Nico se agachó y abrió el mueble de debajo del lavabo.

—Podemos abrir el sifón y cogerla. Si no ha caído agua, no habrá ido muy lejos —sugirió.

Rai asomó la cabeza por la puerta del baño.

—Chicas, tenemos que irnos ya. ¿Estáis?

Las chicas se miraron entre sí y por fin Carla reaccionó.

—Voy a poner el tapón en el lavabo, que es lo que debería haber hecho antes. Ya buscaremos la lentilla cuando volvamos, no pasa nada.

—¿Te has traído las gafas? —le preguntó Nico, que estaba de nuevo en pie.

Carla pensó en un primer momento en decirle la verdad, que se había traído sus viejas gafas de repuesto, aquellas que le pusieron por primera vez a los trece años, con patillas de pasta y cristal grueso. Pero se frenó y negó con la cabeza. No quería que Nico le viera con ellas.

—No las he traído —respondió.

—Me parece que eres un poco despistada —dijo Nico negando con la cabeza.

Salieron del baño y se encontraron con los chicos en el salón. Marcos abrió los ojos al ver a Nico.

—Va a ser un placer ser tu pareja esta noche —dijo ofreciéndole su brazo.

Entonces Carla cayó en su inocencia. Nico era su novia, pero no aquella noche. Y no podía quejarse porque lo sabía desde el principio.

—Tú también estás muy guapa, Carla —le dijo Fer.

Una Carla sin gafas ni lentillas intentó enfocar a Fer. Era el más alto de los tres, pero por lo demás era un clon de Marcos y Rai: fuerte y con barba.

—No veo un pijo, pero estoy segura de que mi pelo está erizado, tengo los ojos enrojecidos y seguro que ya se me han hecho pegotes de rímel en las pestañas.

Fer sonrió y le ofreció su brazo. Carla tardó en verlo, pero cuando por fin lo hizo se agarró a él como a un flotador y no lo soltaría hasta llegar al restaurante.

Tere le soltó un manotazo a Rai.

—¿Y tú no me vas a decir lo guapa que estoy?

—Estás especialmente guapa hoy, pero tú lo estás todos los días —respondió su novio, que le agarró fuerte por la cintura y le plantó un beso.

Tere asintió satisfecha.

Cuando llegaron al restaurante, José Miguel y Bea ya estaban esperando en la puerta.

—¿Qué pasa, tronco? —José Miguel le chocó la mano a Rai y ambos juntaron los pectorales en un medio abrazo—. Menos mal que venís ya. ¡Me muero de hambre!

Fer, que seguía teniendo colgada del brazo a Carla, saludó con desgana a José Miguel. Marcos también rebajó su entusiasmo en el saludo.

—¡Hola, chicas! —dijo Bea con su voz de pito—. Mejor dejamos que los chicos se sienten juntos y así nosotras podemos hablar de cosas de mujeres, ¿vale?

Las chicas apenas tuvieron capacidad de reacción y se vieron arrastradas hacia el interior del restaurante con Bea como mesías.

—Estamos apañadas —susurró Tere a sus amigas.

Se sentaron a la mesa tal como Bea había pensado: las chicas en un lado y los chicos en el otro. Carla adoró la propuesta de Bea. Tenía a Nico al alcance de su mano y le tocó el muslo por debajo de la mesa. La pierna de Nico saltó como un resorte y su rodilla golpeó contra la mesa.

Miró a Carla entre amenazadora y divertida. Carla lució una media sonrisa. Si no veía muy bien, tendría que desarrollar otros sentidos, como el del tacto.

José Miguel quedó sentado entre Rai y Marcos, mientras que a Fer lo tenía enfrente.

—Este sitio está muy bien, ya lo veréis. No es barato, barato, pero así te ahorras que vengan determinado tipo de personas. Ya me entendéis... —dijo José Miguel.

Tere, que sabía de qué palo iba José Miguel no entró al trapo, pero Fer, que sí lo intuía, no quiso quedarse con la duda.

—¿A qué tipo de personas te refieres? —preguntó mientras ojeaba la carta.

—Bueno, ya sabes... —titubeó José Miguel—. Gente de clase baja, inmigrantes, y demás.

Fer levantó las cejas. Cogió aire para decirle algo a José Miguel, pero Marcos se le adelantó.

—¿Sabéis ya lo que vais a pedir? —preguntó al aire.

—Aquí hacen un hummus muy bueno. Lo probamos el otro día y nos gustó mucho —dijo Bea.

—Ya, pero paso. Me he enterado de que es comida de moros. Elegiré algo de pasta —dijo José Miguel.

—Qué pena... —dijo Fer por lo bajo.

—Perdona, ¿has dicho algo? —preguntó José Miguel.

—Por favor, Fer, tengamos la noche en paz —le rogó Marcos.

José Miguel les miró extrañado. Fer se fijó en cómo le observaba y quiso rectificar.

—Digo que qué pena que sea comida de moro.

—Pf, ni te imaginas la de cosas de moros que hay en España. En Madrid, cuando voy a estudiar, paso por Lavapiés y me da un asco... Huele raro y...

El camarero le interrumpió. A José Miguel le bajó la sangre a los pies al ver que tenía la piel morena, una nariz grande y un pelo oscuro con unos incipientes rizos que se adivinaban pese al corte a cepillo del joven.

—¿Saben ya lo que van a tomar? —preguntó el camarero con una sonrisa de dientes grandes y perlados.

Carla miró con urgencia a Nico. No sabía lo que quería tomar porque no podía leer la carta. Nico estaba enfrascada leyendo los platos que disponía el restaurante y no atendió la petición silenciosa de su novia.

—Yo dudo entre el salteado de verduras y boletus o el timbal de gambas y aguacate —pensó Nico en voz alta.

—Yo quiero el salteado, por favor —se adelantó Carla.

Nico le miró un poco disgustada.

—¿Me pido yo el timbal y compartimos? —le pidió.

—Claro... —iba a decirle alguna palabra cariñosa pero cayó en la cuenta que aquella noche, Nico no era suya.

—Qué raras son las tías con el rollo de compartir comida, ¿verdad, José Miguel? —dijo Rai saliendo al quite.

—Ya te digo. Esta no come nada, y la mitad de lo que ella pide me lo tengo que acabar yo.

—A mí eso no me pasa. Por eso pido el doble —dijo Rai.

Tere tardó un par de segundos en darse cuenta de que aquel comentario iba referido a ella, pero a lo que reaccionó el camarero ya le estaba tomando nota.

—A mí me pasa algo parecido a lo tuyo con Lavapiés, pero por Chueca. Paso todos los días por allí... —comenzó a relatar Fer.

—¡Buah! No me hagas hablar... No me hagas hablar... —le interrumpió José Miguel.

Y, aunque Fer quería hacerle hablar, una mirada fulminante de Marcos frenó sus ansias.

El camarero volvió con los platos y los fue colocando delante de los comensales conforme los iba sacando de la cocina. Cuando le dejó el plato a José Miguel, este se sobresaltó.

—¿Estaba tu dedo en mi comida? —preguntó.

—No, señor —respondió el camarero en un tono educado.

—Yo creo que sí. Y era precisamente el pulgar de la mano izquierda.

Los amigos pidieron disculpas con la mirada al camarero, pero ninguno dijo nada.

—Por favor, tráigame otro plato —exigió José Miguel—. O mejor, que me lo traiga otro camarero.

El camarero pidió disculpas y se llevó el plato. Un par de minutos más tarde, vino otro camarero que, sin mediar palabra, dejó el plato de José Miguel delante de sus narices.

—Me parece que aquí alguien se va a quedar sin propina —dijo. Buscó la complicidad de alguno, pero no la encontró.

En el lado de las chicas, Carla aprovechó un momento en que se colocó la servilleta en el regazo para volver a acariciar a Nico. Esta vez fue un poco más lejos y metió la mano por el interior del muslo. Nico carraspeó y cerró las piernas con fuerza, atrapando la mano de Carla. Volvió a mirarle con severidad.

—Guarda los juegucitos para esta noche, ¿quieres? —le dijo disimuladamente.

—Es que estás tan guapa que te comería aquí mismo —le contestó Carla.

—¡Nico! —gritó José Miguel desde el otro lado de la mesa.

Nico se sobresaltó y pensó que aquella noche, entre unos y otros, acabarían matándola de un infarto. Se atragantó con un trozo de gamba y tosió hasta que volvió a la boca. Masticó y tragó disimuladamente.

—Dime.

—¿Cómo os conocisteis este mamón y tú?

Nico buscó en los ojos de sus amigos una ayuda, pero todos clavaron la mirada al plato. Sólo Marcos le miró con sorpresa.

—Pues... En una fiesta... De nuestros padres... Que tienen amigos comunes —inventó Nico.

—Eso está bien porque así ya cuentas con el beneplácito de la suegra. ¿Verdad, Marcos? —dijo girándose a su izquierda y soltándole un manotazo en la espalda a Marcos.

Marcos asintió apurado.

—Y mi beneplácito también lo tienes, eh, Nico. Se te ve una chica... —los ojos de José Miguel se desviaron fugazmente al escote de Nico—, maja.

Nico sonrió con fingida modestia, aunque mentalmente le sacó el dedo corazón.

Algo a la espalda de Nico llamó la atención de José Miguel y cambió de tema.

—¡Hostia! —saltó de nuevo José Miguel—. Lo que decíamos antes de los gays. ¡Es que están en todas las putas partes, oye!

Todos le miraron sin saber a qué venía aquel comentario, así que José Miguel siguió hablando.

—No miréis, eh, pero detrás de Nico hay dos bolleras.

Los chicos desobedecieron la orden de discreción y miraron a las chicas que ocupaban la mesa de atrás. Estaban sentadas juntas, se acariciaban la mano por encima de la mesa y sedaban algún beso fugaz entre bocados y tragos de vino. Había un par de botellas sobre la mesa y se reían sin parar.

Carla entornó los ojos ante el comentario de José Miguel, pero se giró disimuladamente para ver a esas chicas que vivían su amor con libertad y no por debajo de la mesa como lo llevaba haciendo ella toda la noche. Con su visión borrosa, le pareció ver que una de las chicas llevaba el pelo cortito y la otra, que estaba

de espaldas a ellos, tenía una melena larga y morena, pero tampoco podía asegurarlo.

—Le voy a partir la cara a este tío, eh —le dijo Nico lo más cerca que pudo.

—A ver cómo tienen planeado estos quitárnoslo de encima —se preguntó Carla.

Nico aprovechó que tenía la cabeza ladeada para girarse y ver a las comensales de la mesa que acaparaban todas las miradas. Al ver la melena morena tragó saliva tan fuerte que estuvo a punto de atragantarse de nuevo.

—¿Estás bien, Nico? —le preguntó Carla.

Nico movió repetidas veces la cabeza en señal de afirmación y se pasó el resto de la velada con los ojos clavados en el plato.

—Es que están mal empleadas. Con lo buenas que están... ¡qué desperdicio! —dijo José Miguel.

—Pues ellas se están sacando mucho provecho —contestó Tere.

El gesto confuso de José Miguel indicaba que no había comprendido del todo el comentario. Tere se llevó la servilleta a la boca para ocultar una sonrisa maliciosa.

El corazón de Nico se aceleró al máximo cuando escuchó el correr de las sillas de la mesa que acaparaba la atención de sus amigos. Pánico.

Escuchó a su espalda una voz familiar. Sonaba alegre, divertida y desenfadada, como cuando la escuchó por primera vez. Terror.

Notó que pasaban por detrás de su espalda y que se paraban a un metro escaso de su mesa.

—Nico, ¿eres tú?

Infarto de miocardio.

Miraron todos a la chica que interpelaba a Nico menos la aludida.

—Nico, esa chica te conoce —le dijo Carla.

Nico pensó que si supiera quién era no estaría tan atenta. Levantó la mirada lentamente y sacó la mejor de sus sonrisas.

—Mamen... Hola —logró decir.

Se vio en la obligación de levantarse y darle dos besos. Le embriagó el perfume de Mamen. Era distinto al que tenía cuando estaban juntas.

—¡Te veo estupenda! Estás... —Mamen obligó a Nico a que diera una vuelta sobre sí misma— estupenda.

Los demás miraban la escena intrigados por la nueva aparición. Sólo Carla intuyó que aquello no iba a acabar bien.

—Gracias —dijo Nico en voz baja.

—Te veo un poco tímida. Vamos, como cuando nos conocimos. Pero ya pensaba que te habías soltado.

A Nico le molestaba la excesiva familiaridad con la que le hablaba Mamen. Supuso que era fruto del vino.

—Mira, te presento a Alexia —dijo Mamen señalando a la chica que le acompañaba. Las eses de Mamen se alargaban en exceso. Nico le dio dos besos—. Te hablé de ella, ¿te acuerdas?

—Sí, sí...

Nico no quería dar pie a continuar con la conversación, pero Mamen no se iba. José Miguel rompió el hielo.

—Pero bueno, Nico, ¿es que no nos vas a presentar a estas dos chicas tan guapas?

Aunque Carla no tenía la mirada muy fina aquella noche supo que Nico estaba temblando. Quizá no fuera un temblor físico, pero estaba segura de que por dentro le sacudía un terremoto. Se agarró fuerte a la silla porque sabía que el viaje iba a ser movido.

Nico abrió la boca para hablar pero no le salían las palabras. Carla pidió auxilio a Tere, que tampoco sabía muy bien qué era lo que estaba pasando.

—Pues si no me presenta ella lo haré yo. Me llamo Mamen y soy su ex. Bueno, una de ellas, claro. Fui su primera novia.

Tere se quedó boquiabierta y seguía sin reaccionar. Rai y Fer parecían dos estatuas del Retiro y Marcos se llevaba una mano a la cara, como queriendo protegerse de la que se le venía encima.

—¿Cómo que novia? Pero si su novio es este —dijo José Miguel poniéndole una mano en el hombro a Marcos.

Mamen miró a Nico pidiéndole explicaciones.

—¿Qué pasa? ¿Que te has metido en el armario?

Ante la inacción de Nico, que seguía lidiando con su terremoto interno, habló Carla.

—Mamen, creo que deberías irte. Por favor.

La ex de Nico le miró confundida.

—¿Tú eres la famosa chica del metro, verdad? ¡Joder! Vuestra historia es la comidilla de Chueca.

—A ver, a ver, a ver... —dijo José Miguel llevándose las manos a las sienes en un intento de centrarse—. ¿Eres bollera, Nico?

—¡Claro que lo es! —soltó Mamen.

—Mamen... —dijo su novia con paciencia agarrándola del brazo.

Mamen se zafó de Alexia.

—No sé qué está pasando aquí pero... —empezó a decir Mamen.

—¡Pues eso, Mamen! —soltó por fin Nico—. No sabes lo que está pasando aquí, así que lárgate. Además, eso es algo que haces estupendamente.

Mamen se indignó ante el comentario de Nico.

—Te mandé un email explicándome —dijo Mamen.

—¡Y te parecerá normal!

Nico cogió el bolso del respaldo de su silla y se lo colgó al hombro.

—Vámonos, Carla —ordenó. Carla obedeció. Al pasar por la espalda de Marcos, Nico le acarició la espalda—. Lo siento mucho.

Las chicas salieron del restaurante.

En la mesa que habían dejado, José Miguel miraba a unos y a otros intentando recomponer las piezas.

—¿Vuestras novias... son novias? —preguntó mientras miraba alternativamente a Marcos y Fer.

—Qué cosas, eh —dijo Fer.

José Miguel seguía extrañado. Volvió a mirar a su izquierda y al enfrente, como si estuviera en un partido de tenis. En su cara podía verse cómo iba descifrando el enigma.

—Entonces, si ellas son novias, vosotros sois... —dijo mientras les señalaba. Fer miraba la carta de postres distraídamente, mientras Marcos seguía tapándose la cara con la mano—. Joder, vosotros sois bujarras, ¡pedazo de maricones!

José Miguel siguió despotricando contra Marcos y Fer cuando el primer camarero se acercó a la mesa para tomar nota de los postres.

—¿Saben ya lo que van a tomar?

Rai perdió la paciencia y le soltó un codazo a José Miguel que le tiró de la silla y lo dejó tumbado en el suelo.

El camarero vio como la nariz de José Miguel sangraba profusamente, mientras Bea daba saltitos alrededor de él sin saber qué hacer. Levantó una ceja y volvió a mirar a la mesa.

—Yo tomaré dos natillas —dijo Rai, que cerró la carta y se la ofreció al camarero con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Nico! ¡Nico!

Mamen salió del restaurante detrás de su ex. Carla y ella andaban con brío para que no le alcanzaran, pero fue imposible. Mamen, que seguía alterada por el alcohol, llegó a su altura y le agarró del brazo.

—¡No me toques! —gritó Nico.

Alexia llegó instantes después y trató de calmar a su novia. Mamen levantó la mano pidiendo que la dejara en paz.

—Nico y yo tenemos una cuenta pendiente —le dijo a Alexia.

—Tú y yo no tenemos nada, Mamen. Me lo dejaste bien claro.

Mamen dio un par de pasos atrás como si tratara de viajar al pasado y recordar aquella etapa.

—Fue un mal momento, Nico.

Carla y Alexia se miraban sin saber qué hacer o decir. Firmaron un pacto silencioso: dejarles hablar hasta que la cosa se pusiera fea.

—Sí, pero eso lo sabías desde el primer día, y no te impidió meterme en tu vida, cada día más adentro, hasta quedar atrapada y luego... —Nico levantó el puño y lo abrió con la palma hacia el suelo—, me tiraste.

Carla comprendió que Nico ya había estado enamorada antes. Ya había dicho “te quiero”, ya había amado con el corazón, con el alma, con todo el cuerpo. Antes y después de un polvo. Nico era su primer amor. El único. No tenía otro con el que compararlo, pero Nico sí, y temió que el amor que sintió por Mamen fuera más intenso o más genial o más maduro que el que sentía por ella. Si es que sentía algo.

—Joder, Nico, perdón. Te pido perdón mil veces. ¿Qué más puedo hacer? —dijo Mamen.

—¿Qué tal dejar de aparecer en mi vida como si fueras un huracán, arrasándolo todo? —le pidió Nico.

—Pero, ¿qué he hecho ahora?

Mamen parecía no recordar la escena del restaurante.

—Joderla, eso has hecho. Joderla —dijo Nico.

Mamen se rascó la frente y, ante la confusión, Alexia dio un paso adelante.

—Disculpados si la hemos cagado ahí dentro. Supongo que para Mamen ha sido un momento muy intenso. Lleva unas cuantas copas de vino y... Bueno, verte a ti le ha alterado un poco más.

—Eso —dijo Mamen, que se frotaba ahora las sienes.

—Vale —contestó Nico.

Sintió un gran alivio. Nunca imaginó que un “vale” podría liberar tanto.

—Ahora nos íbamos a una fiesta —añadió Alexia—. Si os queréis venir... Prometo que ataré en corto a Mamen.

A Nico se le escapó la risa. Quiso decirle a Alexia que lo hiciera de verdad, no porque creyera que Mamen merecía la pena, que también, sino porque era volátil y podía escurrirse de sus manos como le pasó a ella.

—No, gracias, nos vamos a casa —dijo Nico.

Mamen y Alexia dijeron adiós con la mano. Las despedidas rimbombantes no servían. Sabían de sobras que acabarían cruzándose alguna noche por Chueca.

Nico se volvió hacia Carla que seguía con la cabeza agachada. Levantó su barbilla con la mano.

—¿Qué te pasa, mi amor? —preguntó.

Carla esquivó la mirada de Nico.

—Nada.

—Nada no. Dímelo, por favor —insistió Nico con dulzura.

Carla suspiró y Nico notó cómo su novia se desinflaba un poco.

—Siempre he pensado que el primer amor es el que cuenta, y que el resto son sólo búsquedas en falso.

Nico asintió al comprender lo que entristecía a su novia.

—Yo no lo creo así. Yo creo que con cada persona que pasa por nuestra vida aprendemos y nos hacemos mejores. Soy una

versión de mí misma mejor que la que estuvo con Mamen.
¿Entiendes?

Carla frunció el ceño. Nico rebuscó en su mente un mejor argumento para que su novia le entendiera. Cuando dio con él, se le iluminó la cara.

—Mamen es como mi cicatriz —siguió Nico—. No me gusta, pero he tenido que aprender a vivir con ella.

La respuesta convenció más a Carla que logró esbozar una media sonrisa.

—¿Y sabes qué? —preguntó Nico.

—¿Qué?

—Que te quiero.

Carla abrió la boca ligeramente sin saber cómo responder a aquello. Luego se le curvaron los labios hasta que las comisuras casi rozaron las orejas. Se abalanzó al cuello de Nico y se besaron en mitad de la calle como si no pasaran decenas de turistas a su alrededor.

Lunes

Carla echó un último vistazo a la habitación antes de cerrar la puerta. Habían vuelto a separar las camas y entre Nico y ella habían cambiado la ropa de cama.

—No nos dejamos nada, ¿no? —dijo Nico a su espalda.

Carla no respondió. Seguía paseando su mirada por la habitación. Nico posó su barbilla en el hombro de Carla.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí, sólo quería ver esta habitación por última vez.

Su novia asintió y se quedaron unos segundos en esa posición. Como si le hubiera picado algo, Nico dio un salto y se despegó de Carla. Rebuscó en el bolso y sacó un bolígrafo.

—¿Qué vas a hacer?

Nico alzó una ceja y sonrió con malicia.

—Ven —respondió y, acto seguido, se metió debajo de una de las camas.

Tras superar un primer momento de confusión, Carla imitó a su novia y se escurrió bajo el somier. Era una estructura metálica con lamas de madera. Nico se esmeraba en que la tinta del bolígrafo penetrara en ellas.

—¿Qué haces?

—Quiero dejar un mensaje, como en las puertas de los baños.

Carla leyó lo que Nico escribía con gran esfuerzo: “Aquí se quisieron Carla y Nico”.

—Esto es vandalismo —dijo Carla.

—Pero vandalismo bonito —respondió Nico.

Carla se mordió el labio inferior y negó con la cabeza. Pero no pudo resistir la tentación mucho tiempo y besó allí mismo a su novia.

—Chicas, ¿estáis ya? —preguntó Marcos bajo el umbral de la puerta—. ¿Chicas?

La pregunta sobresaltó a Carla y Nico que sufrieron una sacudida y golpearon con la cabeza en las lamas que acaban de mancillar.

—Sí, sí. Estamos. Ahora salimos —respondió Carla desde debajo de la cama.

Vieron alejarse los pies en chancletas de Marcos y salieron de su escondite.

Fer buscó en el llavero la llave que encajaba con la cerradura del apartamento. Descartaba una llave tras otra con lentitud. Sus amigos observaban a sus espaldas. Carla quiso verle los ojos. Le daba la impresión de que Fer estaba dilatando el momento de la despedida y aquello le ponía triste. Pero el chico tenía la cabeza agachada y sus espesas cejas no permitían apreciar más detalle.

El sol de la mañana se colaba entre los agujeros de las persianas que formaban delicados barrotes de luz y polvo en suspensión.

Fer encontró por fin la llave, agarró el pomo de la puerta y suspiró. Cerró la puerta y metió la llave delicadamente en la cerradura. Luego se giró hacia sus amigos.

—Bueno, pues ya se ha terminado —dijo.

Tere apretó los labios y las cejas se le juntaron encima de la nariz.

—Me lo he pasado muy bien, chicos —dijo—. Lo repetiremos, ¿verdad?

—Sí —respondieron todos al unísono.

—Pero, ¿tendremos que hacernos pasar por novias de estos otra vez? —preguntó Nico señalando con el pulgar a Fer y Marcos.

—No, no hará falta —respondió Marcos—. Me he prometido que para el año que viene estaré fuera del armario tanto con mi familia más cercana como con los del rugby.

Nico notó el temblor que acompañaban a aquellas palabras y abrazó el cuerpo musculado de Marcos.

—Ha sido un placer ser tu novia.

—Igualmente —dijo Marcos que le devolvió el abrazo.

Rai les rodeó con sus enormes brazos sin el menor esfuerzo. Tere abrazó por detrás a Rai y estiró la mano para alcanzar la espalda de Nico.

Fer y Carla se miraron con complicidad y se sumaron al abrazo grupal.

Estuvieron así un rato hasta que Nico habló.

—Vale, esto es precioso, pero me agobio un poco aquí abajo — se le oyó decir desde el interior de la piña humana.

El abrazo se deshizo entre risas.

—Vamos, gente, tenemos un largo viaje que hacer —dijo Rai.

Nico le alargó la mano a Carla, que la agarró con fuerza. Se miraron sonrientes. Sabían que Rai tenía razón: aquel viaje no había hecho más que empezar.

Continuará...

Contacto

Si esta novela ha caído en tus manos y no me conoces, me presento: soy A. M. Irún y me gustan las historias de amor lésbicas con finales felices.

Esta historia, aunque breve, es el tercer volumen de Los libros de Nico y Carla, un ambicioso proyecto personal que iré intercalando con otras novelas, si tú me ayudas.

Si te ha gustado y quieres seguir leyéndome puedes hacer dos cosas (¡no excluyentes!):

Seguir comprando mis libros. Sólo así podré seguir creciendo como escritora y podré aportar mi granito de arena a la cultura lésbica de habla hispana.

Puedes compartir tus impresiones en las redes sociales o dejar una reseña en Amazon y Goodreads. Cualquier aportación es buena para ayudar a los autores indie en su promoción.

Puedes encontrar más información sobre mí y mis historias en nicoporfavor.com

Allí también encontrarás la manera de contactarme por diferentes vías, pero por ahorrarte unos clics te digo que estoy en Twitter [[@nicoporfavor](#)] y por email [hola@nicoporfavor.com].

Otras obras de la autora